EL SOMBRERO DE COPA

Vital Aza

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-drámática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en Provincias.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SOMBRERO DE COPA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA
el 17 de Diciembre de 1887

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID
R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

1887

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.	Srta. Mendoza Tenorio.
FILOMENA.	Sra. Guerra.
ROSA.	Górriz de Romea.
DON NEMESIO..	Sr. Mario.
CARLOS.	Mata.
LEOPOLDO.	Sánchez de León.
DON CIPRIANO.	Tamayo.
PEPITO.	Mendiguchía.
PORTERO.	Martínez.
JUAN.	Gutiérrez.
MOZO 1.º.	Urquijo.
IDEM 2.º..	Delgado.
ALBAÑIL.	Morales.

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Despacho elegante. A la derecha del actor, la mesa dando frente al público. A la izquierda, sofá y butacas.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, paseando mientras dicta á PEPITO, que escribe en una cuartillas sentado á la mesa. Luego MARÍA

CAR. Punto y aparte.

PEP. ¿Todavía queda más?

CAR. No te impacientes. Pronto acabaremos.

PEP. Mira que el dichoso manifiesto ocupa ya cuarenta y cinco cuartillas.

CAR. No importa. Sigue. (Dicta.) «Vuestros sufra»gios han sido una demostración patente y »poderosa de la firmeza de nuestros idea»les,» coma, «al par que un enérgico alar»de de las fuerzas vivas de nuestro parti»do,» otra coma, «en contra de esa ver»gonzosa»...

PEP. «¡Vergonzosa!» (Escribiendo.)

CAR. »Coacción oficial (Dictando.) que ha ampara»do omnipotente los fines rastreros y bas»tardos.» Bastardos con letra bastardilla.

PEP. Naturalmente. «Rastreros y bastardos.» (Escribiendo.)

CAR. «De nuestros enemigos.»

PEP. (Líbranos señor.) (Escribiendo.) «Enemigos.»

CAR. Punto.

722015

PEP. ¡Gracias á Dios! (Dejando la pluma.)

CAR. Aparte.

PEP. Mira, Carlitos, permíteme siquiera fumar un pitillo.

CAR. Bueno, dejémoslo por ahora. A ver, dame esas cuartillas.

PEP. Toma, hombre, toma, y ¡entusiásmate!

CAR. (Las coge y lee con entonación de discurso.) «Hemos »sido derrotados. ¿Y qué? ¿Desmayaremos »por eso? ¡No, mis queridos electores! »¡Aprestémonos para una nueva lucha! »¡Unamos nuestras fuerzas; acudamos entu»siastas y compactos á los próximos comi»cios y en ellos derrotaremos seguramente »á los que, sin más ideal que la satisfacción »de los propios apetitos, burlan escandalo»samente la buena fe y nunca desmenti»da hidalguía de ese honrado y pacífico »pueblo!»

MARÍA (Que lo ha oído desde la puerta segunda izquierda.) ¡Bravo, bien! Aplausos en las tribunas.

CAR. ¡Hola, Marujita! Te ha gustado este párrafo, ¿eh?

MARÍA ¡Ya lo creo!

PEP. Chica, tienes un marido que en cuanto habla de elecciones se le va el santo al cielo.

MARÍA Y tú tienes un cuñado que no te le mereces.

PEP. Podéis tener queja de mí. Desde que llegué de Burgos, no hago otra cosa que escribir cartas á los electores, sueltos y noticias para los periódicos y *besa la manos* á todos los personajes políticos. Estoy ya de política hasta aquí.

MARÍA ¿Qué entiendes tú de estas cosas?

PEP. ¡Ni falta que me hace! ¿Para conseguir lo que ha conseguido ese, gastarse un dineral y salir derrotado?

CAR. Ya sabes lo que me ha derrotado: la coacción oficial.

MARÍA ¡Justo, eso! No sé lo que es; pero eso habrá sido.

PEP. Tú eres tan tonta como él. No pensáis más que en las dichosas elecciones.

CAR. Como que hoy no hay carrera más bonita que la de diputado.

PEP. Entonces no sé por qué papá me ha enviado aquí á estudiar la de Farmacia.

CAR. Porque antes es preciso que tengas un título académico. Pero en cuanto yo sea poder, te hago lo menos... Director general de Beneficencia y Sanidad.

PEP. Sí. Para tí lo quisieras.

CAR. Anda, anda; coge esas cuartillas, vete á tu cuarto y acaba de ponérmelas en limpio.

PEP. Pero...

CAR. Ya sabes que necesito mandarlo mañana mismo.

PEP. ¡Caramba! Es que tanto escribir...

MARÍA Has de ser amable. Haz lo que te manda tu hermano.

PEP. Bueno, lo haré... pero como un favor...

CAR. Naturalmente. Y como favor te lo agradezco. Líbreme Dios de imponer á mi querido Pepito semejante obligación.

PEP. Hasta luego. (No lo puedo remediar. Todo el mundo hace de mí lo que le dá la gana.)

(Vase puerta primera derecha.)

ESCENA II

CARLOS y MARÍA

CAR. ¡Pobrecillo! La verdad es que abuso de su bondad.

MARÍA Ya sabes lo que me ha escrito papá; que le tengamos siempre á nuestro lado. Es un chico tan docil que las malas compañías le echarían á perder enseguida.

CAR. Descuida. No tendrá más amigo que yo.

MARÍA Conque, cuéntame, señor diputado...

CAR. No, hija, desgraciadamente no lo soy. Pero, ¡paciencia! Otra vez será. Aquí no salen diputados más que los ministeriales.

MARÍA Oye, ¿y por qué no te haces ministerial?

CAR. Mujer, porque yo soy muy consecuente.

MARÍA ¡Ah! ¿De manera que los que sois consecuentes no podéis ser ministeriales?

CAR. Naturalmente que no; mientras no manden los nuestros.

MARÍA Pues me parece una tontería que os fijéis en esas pequeñeces. Si á tí lo que te conviene es salir diputado, ¿qué te importa serlo con unos ó con otros?

CAR. ¡Hija, por Dios, no digas eso!

MARÍA ¿He dicho una simpleza, verdad? Perdóname; no estoy bien enterada de esas cosas. Pero, francamente, yo quiero que me llamen pronto la señora diputada.

CAR. ¡Qué tonta eres! (Con cariño.)

MARÍA ¡Qué gusto! Cuando yo vaya al Congreso, á la tribuna de señoras, y te oiga pronunciar un discurso y todo el mundo te aplauda, y los periódicos al día siguiente hablen de tí, y digan que el señor Menéndez es un orador notabilísimo. ¡Figúrate qué orgullo para tu mujercita! ¡Ah! Por supuesto, que lo que debes hacer es que el presidente te llame muchas veces al orden con la campanilla, para que en los periódicos salga tu discurso con muchos rengloncitos cortos y muchos paréntesis, con aquello de: *aplausos*, *rumores*, *protestas* y *campanillazos*. Créeme, esas sesiones son las que todo el mundo lee con interés. Al menos á mí, son las que más me divierten en *La Correspondencia*.

CAR. Bueno, mujer, bueno; pero no adelantemos los acontecimientos. ¡Dios sabe cuándo podré complacerte! Mi derrota ha echado por tierra todas mis ilusiones. ¡Ah! Y por cierto que todavía estoy en descubierto con alguno de mis agentes electorales. Ayer tuve carta de *Polvorilla*.

MARÍA ¿De Polvorilla?

CAR. Sí; uno de los que más han trabajado en mi favor. Me anuncia que vendrá uno de estos días á Madrid.

MARÍA ¡Corriente! Le recibiremos y se le obsequiará en lo que podamos.

CAR. Sí, pero el caso es que á ese le debo unas cuatro mil pesetas por lo que tuvo que adelantar en mi nombre.

MARÍA Pues se las pagas y en paz.

CAR. ¡Claro! ¡Se las pagas! Eso se dice muy bien; pero hoy por hoy, no las tengo.

MARÍA ¿Que no?

CAR. No señora. Esa maldita elección se ha llevado todos los fondos que teníamos en casa, y como el cupón no lo cobraremos hasta mediados del que viene ..

MARÍA Pues no te apures, hombre. Pídele dinero á cualquier amigo. A Leopoldo; de seguro que ese...

CAR. No, no me gusta pedir dinero á nadie. Podrían figurarse otra cosa.

MARÍA ¿Quiéres que yo escriba á papá, como cosa mía?

CAR. ¡De ninguna manera! Ya nos arreglaremos como podamos.

MARÍA Si crees necesario vender alguna de mis alhajas...

CAR. ¡Calla por Dios! ¡No es para tanto! Pero conste que te agradezco en el alma tu ofrecimiento. (Abrazándola.)

MARÍA ¡Mi ofrecimiento! ¡Pues no faltaba más sino que yo no hiciera eso por mi queridísimo Carlos!

CAR. ¡Qué buena eres! (Vuelve á abrazarla.)

ESCENA III

DICHOS, FILOMENA y LEOPOLDO. Los dos en traje de casa

FIL. (Desde la puerta del foro.) ¿Venimos á estorbar?

MARÍA ¡Adelante!

CAR. Ustedes no estorban nunca.

FIL. ¿Cómo estás, monísima?

MARÍA Bien. ¿Y tú?

FIL. Hija, yo con estos nervios que no me dejan vivir. ¡Buenas tardes, Carlitos!...

CAR. ¡Señora!

FIL. ¿Y el pollo?

MARÍA Trabajando.

CAR. ¡Siéntese usted! (A Leopoldo.) ¡Siéntate, chico!

LEOP. Gracias. (Aparte á Carlos.) (Tengo que hablarte.

CAR. (¿De?...)

LEOP. (¡Chis!...) (Se sientan los cuatro.) (1).

MARÍA Ya me chocaba que no bajaras hoy. Iba á subir por si os ocurría algo.

FIL. Nos hemos levantado muy tarde. Hasta las cuatro de la mañana no pude pegar los ojos, ¿verdad, Leopoldo?

LEOP. ¡Ah, sí! Estaba muy nerviosa, mucho.

FIL. Tuve una intranquilidad, un desasosiego, ¡y una de dar saltitos en la cama!... Con decirte que este infeliz tuvo que levantarse á las tres á darme un poquito de jamón en en dulce.

CAR. Pero, señora, ¿usted se cura los nervios con jamón?

FIL. ¡Naturalmente! La debilidad aumenta la excitación nerviosa.—Hija, es una desgracia haber nacido con este temperamento. Por supuesto, que del insomnio de anoche tiene la culpa mi señor marido. ¡Sí! (A Leopoldo.) No hagas gestos, porque esta es la pura verdad.—Se empeñó en llevarme á un estreno del Español. Yo sufro mucho en los estrenos, no lo puedo remediar, y el de anoche me hizo pasar muy malos ratos.

MARÍA ¿Qué? ¿No gustó?

FIL. Al contrario, muchísimo; pero hija mía, tiene un argumento que le pone á una la carne de gallina.

CAR. ¿Habría muchos muertos, eh?

FIL. No; anoche no se murió más que Vico: pero calle Vd. por Dios; yo no comprendo cómo la autoridad permite que los actores se mueran de esa manera. ¡Es una barbaridad!

---

(1) Derecha del actor: Carlos.—Leopoldo.—Filomena.—María.

MARÍA ¿Y de qué trataba el drama?

FIL. De lo de siempre, del adulterio. Los autores de ahora no saben hablar de otra cosa... Y tienen razón, porque, hija mía, tú eres muy nueva en la corte, pero no sabes cómo está Madrid... Sobre todo el ramo de casados.

CAR. Muchas gracias.

FIL. ¡Sí, señor, sí! Anoche, sin ir más lejos, en el palco de al lado, y con toda la desvergüenza del mundo, estaba un tal Peláez, un conocido nuestro, haciendo compañía á una... en fin, á una de esas... ¡Figúrate qué cinismo! ¡Un hombre cargado de familia y que tiene una mujer que es un angel! Yo á su mujer no la conozco, pero de seguro que es un angel! ¡Y pensar que ese hombre escatimará en su casa una peseta y luego se gastará por ahí una fortuna! Porque te advierto que la *fulana* de anoche llevaba unos brillantes, que eran un escándalo... ¡Vamos! ¡A mí esas cosas me quitan el juicio!

MARÍA Tienes mucha razón.

FIL. Comprendo que los solteros hagan todo lo que les dé la gana; ¿pero los casados? ¡No señor! ¡Pues no faltaba más! Si quieren á su mujer, no necesitan otra, y si no la quieren, que se aguanten.

CAR. ¡Muy bien dicho!

FIL. ¡Nada! ¡Nada! Yo, si fuese juez, sería inexorable. A todo marido que faltase á su mujer lo mandaba al patíbulo!

CAR. ¡Já, já, já!—¡Riéte, hombre!

LEOP. (Sin ganas.) ¡Jé, jé, jé!

FIL. ¡Sí, ríanse ustedes, pero digo lo que siento. Así es que anoche, el drama por un lado y Peláez por otro, me atacaron los nervios de una manera horrible. Hasta las cuatro, como te dije, no pude pegar los ojos, y lo poco que dormí, con una pesadilla espantosa. Soñaba que este me había abandonado por una bailarina, que yo los ha-

bía sorprendido y que los había extrangulado á los dos.

MARÍA ¡Qué atrocidad!

FIL. Así es que no puedes figurarte la alegría que tuve al despertar cuando me lo encontré á mi lado y roncando como un bendito. ¡Ay, hija de mi alma! Bien podemos dar gracias á Dios por haber nacido de buena índole, y sobre todo, por tener dos maridos como estos.

CAR. ¡Muchas gracias!

FIL. Es decir, yo del mío respondo; me figuro que Carlos...

CAR. ¡Señora!... (Levantándose.)

MARÍA ¡Chica, por Dios!

FIL. ¡No! Ya sé que os queréis muchísimo. Como nosotros, ¿verdad, rico mío, (Haciéndole una caricia.) que tú no quieres á nadie más que á tu Filomena?

LEOP. ¡Pero mujer!... (Se levanta y va al lado de Carlos.)

FIL. ¡Qué tonto es! ¡Se avergüenza porque le hago un mimo delante de ustedes! (A María.) ¡Pobrecillo! es más bueno que el pan.— ¡Jesús, qué dichosa pulsera! (Durante la escena indicará alguna vez que se le abre la pulsera.) El mejor día la voy á perder. Es el primer regalo que me hizo ese, por eso la tengo tanto cariño.

CAR. (¿Pero qué te pasa, hombre? ¡Estás como asustado!) (A Leopoldo.)

LEOP. (Necesito que hablemos; pero, ¡cállate por Dios!)

FIL. Pues mira, aquí tienes la puntilla que te dije que había empezado. ¿Verdad que es muy bonita? (Enseñándole la puntilla.)

MARÍA ¡Preciosa! ¿Y es difícil?

FIL. ¡Quiá! La aprenderás enseguida. Fíjate bien. Se principia así: tres vueltas montando, dos al aire y una cogida.

CAR. (A Leopoldo.) (Vamos á mi cuarto. Allí desahogarás).—Señoras, con permiso de ustedes... Este y yo tenemos que hablar.

FIL. ¡Hombre, qué finura! Eso es echarnos.

CAR. Nada de eso. Están ustedes aquí perfectamente.—Vamos á mi habitación.

ESCENA IV

DICHOS y DON NEMESIO

D. NEM. ¡Señores!...

MARÍA ¡Doctor!

CAR. Don Nemesio... ¡Tanto bueno!... (¡Chico, paciencia!) (Aparte á Leopoldo.)

D. NEM. ¡Oh, que están por aquí los vecinos!... ¿Qué tal señora, cómo van esos nervios?

MARÍA Muy mal; cada día peor.

D. NEM. Eso no vale nada. ¡Tila, tila, mucha tila, y sobre todo, mucha paciencia!

FIL. Eso es lo que me falta.

D. NEM. Pues amiga mía, ese es un medicamento que no se despacha en las boticas.—Maruja, usted siempre tan buena ¡y tan guapa!

FIL. Muchas gracias, doctor.

D. NEM. ¡Señor Don Leopoldo! —¡Hola...Mendizábal! Este nos va á arreglar el país. ¿Qué tal? ¿Cómo va ese distrito?

CAR. Esperando otras elecciones.

D. NEM. Bueno, pues las esperaremos sentados... Con permiso de ustedes. (1) (Se sientan todos.)

MARÍA ¿Qué milagro ha sido este? ¡Tantos días sin venir por aquí!

D. NEM. Hija mía, ando ocupadísimo. Hay una de enfermedades que es un encanto.

FIL. ¡Pues no dice que es un encanto!

D. NEM. Señora, cada uno á lo suyo.

FIL. Pero, diga usted, ¿hay alguna epidemia?

D. NEM. ¡No! Es decir, yo creo que no; pero no me atrevo á asegurarlo, porque como ahora los mediquillos modernos no piensan más que en microbios, y todo el santo día andan á vueltas con el microscopio, puede que resulte cualquier cosa; pero yo no me fío... Para mí todo eso son pamplinas...

---

(1) Carlos.—Leopoldo.—Don Nemesio.—Filomena.—María.

Lo que yo no vea con estas gafas, crea usted que no lo ven ellos con todos los microscopios del mundo.

CAR. ¡Pero, hombre, por Dios! No niegue usted los adelantos.

D. NEM. Lo que yo niego es que vean todo eso que dicen. La mayor parte de esos observadores son unos embusteros. ¡Figúrese usted á un médico andaluz manejando el microscopio! ¡Verá los imposibles!—Con decir á ustedes que el año pasado me regaló un cliente unas cuantas botellas de un Burdeos riquísimo... Un mediquillo de esos llegó un día á mi casa y se empeñó en analizarme el vino, y me aseguró que el tal Burdeos estaba lleno de *zoostírpulos*.

TODOS ¿De qué?

D. NEM. De *zoostírpulos*. Unos animalillos muy perjudiciales para la salud.

FIL. ¿Lo tiraría usted?

D. NEM. ¿A quién, al médico? Estuve á punto de tirarlo por las escaleras.

FIL. Decía el vino...

D. NEM. ¡Quiá! Me lo bebí tranquilamente.

FIL. ¡Pero, hombre! ¿y sin temor á los animalillos?

D. NEM. Que me libre Dios de los animales infinitamente grandes, porque los infinitamente pequeños me tienen sin cuidado. Pues si fuéramos á fiarnos de las fantasías científicas de esos innovadores, estábamos divertidos... Hipócrates sabía más que todos ellos juntos y no usó el microscopio en su vida.

CAR. ¡Naturalmente! ¡Como que no se había inventado en aquella época!

D. NEM. Si le hubiera hecho falta, lo hubiera inventado él.

CAR. ¡Este Don Nemesio es famoso!

MARÍA Con todo eso no nos ha dicho usted á qué debemos esta visita.

D. NEM. A que tengo ahí cerca, en el 27, una enferma muy grave... Ahora vengo de verla. ¡Pobre señora! ¡Por más que hago no con-

sigo curarla! Lleva quince días en un ¡ay!

FIL. ¿Y qué es lo que tiene?

D. NEM. Pues... tiene... una... Mire usted, si he de ser franco, yo no sé qué es lo que tiene.

FIL. ¡Hombre, me gusta la frescura!

MARÍA Pero eso es no tener conciencia. Que la vean otros médicos.

D. NEM. ¡Si ya la han visto otros dos! Ayer tuvimos junta.

CAR. ¿Y qué opinaron los compañeros?

D. NEM. Que estaban completamente conformes con mi diagnóstico.

FIL. ¡Vaya, menos mal!

D. NEM. Crea usted que cuando una enfermedad viene derecha... pero, en fin, no hablemos de cosas tristes.—Oye, Carlitos, dame un cigarro, hijo. Se me han concluído, y por no volver á casa... (Levantándose.)

MARÍA Deja; yo los traeré.

CAR. Están en el armario. (Carlos acompaña á María hasta la puerta. Leopoldo se acerca á Filomena, que le hace una caricia.)

MARÍA Ya sé, ya. (Vase segunda derecha.)

D. NEM. ¡Vaya un par de matrimonios felices! Crean ustedes que los envidio con toda mi alma. (Sentándose al lado de Filomena.)

FIL. ¡Pues, hombre, buen remedio: cásese usted!

D. NEM. ¡No, eso no! He jurado no contraer segundas nupcias.

FIL. ¡Pero, cómo! ¿Es usted viudo? ¡No lo sabía!

D. NEM. ¡Sí, señora! ¡Soy viudo desde el año 57!

FIL. Aprendan ustedes. ¡Esto se llama respetar el recuerdo de una mujer!

D. NEM. No, que no aprendan en mi ejemplo. ¡He sido muy desgraciado!

FIL. ¿Sí?

D. NEM. Sí, señora. Mi mujer, á los dos meses de matrimonio y estando yo de médico de un partido, se me escapó con el jefe de una partida. Aquel golpe me partió, créame usted.

FIL. Sí lo creo.

D. NEM. Desde entonces, usted perdone, pero desconfío del cariño de las mujeres. Ya no creo más que en dos cosas: en Dios y en el sulfato de quinina.

FIL. ¡Jesús, y qué extravagante es este hombre!

D. NEM. Y no se figure usted que aborrezco á las mujeres; todo lo contrario. Me gustan más cada día, ¡ya lo creo! Como que las conozco de primer orden. ¡Hay cada tentación en este Madrid! ¿Verdad, jóvenes?

FIL. ¡Doctor, por la Vírgen Santísima, no me los descarrile usted!

D. NEM. ¡Já, já! ¡Estos temperamentos nerviosos son terribles para los celos!

MARÍA Don Nemesio, aquí tiene usted. (Presentándole una caja de cigarros abierta.)

D. NEM. ¡Muchas gracias, hija mía! ¡Hombre, hombre! Estos cigarros, más que de un aspirante á Diputado, parecen de Ministro de Ultramar en ejercicio.

CAR. ¡Coja usted, coja usted!

D. NEM. No; me basta con estos. (Enciende uno y guarda otro.)

MARÍA Leopoldo... (Ofreciéndole.)

FIL. No; á ese no le ofrezcas. No fuma entre horas. Le tengo bien acostumbrado. Dos puritos al día y nada más.

D. NEM. ¡Exquisito, chico, exquisito! Puede que sean capaces de decir que también estos cigarros tienen microbios.

MARÍA Anda, (A Filomena.) ven á enseñarme allá dentro esa labor. Con permiso de ustedes.

FIL. Vámonos.—Hasta luego.

LEOP. (¡Gracias á Dios!) (Vanse segunda izquierda.)

CAR. Hasta luego.

D. NEM. A los pies de ustedes, modelos de esposas, cariñosas y preciosas.

ESCENA V

DICHOS, menos FILOMENA y MARÍA

CAR. Vamos, chico. Desahoga de una vez. Te veo preocupadísimo.

D. NEM. Oye, que si tenéis algo reservado que tratar, yo me retiro.

LEOP. No, doctor, no se marche usted. Confiaré á los dos lo que me pasa.

D. NEM. Ya sabe usted que los médicos somos como los confesores. Si se trata de intereses, cuente usted con lo poco que yo tenga.

LEOP. No, gracias, no es eso. (Cierra la puerta segunda izquierda.)

CAR. Como si lo viera... Será alguna genialidad de tu mujer.

LEOP. No, no se trata de mi mujer; se trata de mí. Oigan ustedes. (Se sientan los tres.—Leopoldo en el sillón de la mesa de despacho.—Carlos á su derecha y Don Nemesio á la izquierda.)

D. NEM. Oigamos.

LEOP. Hasta ahora no te he dicho una palabra y te va á sorprender la noticia. ¡Tengo un lío muy gordo!

CAR. ¡Tú!

LEOP. ¡Sí, señor; yo!

D. NEM. ¿Se trata de líos? ¡Magnífico! Cuente usted, cuente usted. (Acercándose más.)

CAR. ¡Chico, me dejas asombrado!

CAR. ¡Es claro! Tú te has casado enamoradísimo de tu mujer.

CAR. ¡Y contra la voluntad de toda la familia! Yo me casé por oposición.

LEOP. Pues yo me casé por concurso... de acreedores... Y no es esto decir que yo no quiera á Filomena, no, señor; la quiero muchísimo; pero, francamente, algunas veces me acuerdo de que me lleva quince años y...

D. NEM. ¡No! Si no tiene nada de particular que usted haya pecado. Si en este Madrid hay mujeres capaces de hacer pecar á un santo. ¡Si San Antonio llega á vivir en estos tiempos, créanme ustedes, San Antonio no se salva!

CAR. ¿Y quién es ella?

LEOP. Pues una muchacha preciosa.

D. NEM. ¿Rubia? ¡Las rubias son el diablo!

LEOP. No; es morena.

D. NEM. ¡Ah, las morenas son el demonio!

LEOP. Hace seis meses que estamos en relaciones.

D. NEM. ¡Bah! No es mucho.

LEOP. Fué toda una aventura novelesca. La conocí en la *Prosperidad.*

D. NEM. ¿En buena posición, eh?

LEOP. No; en el Barrio de la *Prosperidad.* Yo había ido en un simón á hacer una visita á un pariente de mi mujer. Ella iba en un magnífico *landeau.*

D. NEM. ¡Hola, hola!

LEOP. Era la caída de la tarde.

D. NEM. La hora de las grandes caídas.

CAR. Don Nemesio, haga usted el favor de no interrumpirle. No acabaremos nunca.

D. NEM. ¡Bueno! Siga usted, que ya empieza á interesarme.

LEOP. La tarde estaba apacible; pero de pronto el cielo se encapota.

D. NEM. ¡Malo!

LEOP. Y un formidable trueno fué el anuncio de la horrorosa tempestad que se aproximaba. ¡Arrea! le dije al simón, no por temor á la tormenta, sino por acercarme al carruaje en que iba aquella hermosísima mujer. En esto, un espantoso relámpago, seguido de una fortísima detonación, puso en precipitada y descompuesta fuga á los caballos del *landeau*, que á los pocos metros chocaron contra un arbol volcando el carruaje sobre la cuneta del camino. «¡Arrea, arrea!» repetí á mi cochero, y á los pocos instantes llegábamos al sitio de la catástrofe, cuando ella volvía en sí del ligerísimo desmayo que le había producido la caída. ¡Estaba encantadora! Al verla de cerca, crean ustedes que sentí una emoción inexplicable.

D. NEM. Vamos, sí. Ella dió un vuelco en el coche y á usted le dio un vuelco el corazón.

LEOP. Uno de los caballos se había inutilizado por completo. Ocho mil reales me ha costado el sustituirlo.

CAR. Pero, Leopoldo...

LEOP. No me digas nada. Esa mujer me ha trastornado el juicio por completo.

CAR. ¿Es posible que tú?...

D. NEM. Hombre, no le interrumpas. A ver en qué acaba esa aventura.

LEOP. Pues en que yo le ofrecí un asiento en mi modesto simón, que ella aceptó muy cariñosa y sin el menor reparo. La tempestad seguía desencadenada, y la noche se nos echaba encima.

D. NEM. Sí; pero entonces ya no mandaría usted arrear al cochero.

LEOP. Al contrario· «¡Despacio!» le dije, y Paz...

D. NEM. ¡Qué! ¿Se cayeron ustedes?

LEOP. No señor, si es que se llama Paz.

D. NEM. Yo había entendido ¡Paf!

LEOP. Pues Paz, me contó entre sollozos y lágrimas toda la historia de su vida, una vida llena de contrariedades y de amarguras.

CAR. Vamos, en resumen: que esa mujer es hoy tu querida oficial, que te está costando un ojo de la cara, y que si Filomena se entera...

LEOP. ¡Me extrangula, ya lo creo que me extrangula! Esos son mis temores; pero no he podido remediarlo... Una mujer hermosa... Una tempestad...

D. NEM. ¡Claro! ¡Es irresponsable! Una tempestad es causa de fuerza mayor.

CAR. Pero, hombre, lo que yo no me explico, es que tú, el marido inseparable, el eterno acompañante de Doña Perpétua, como llaman á tu mujer todos los amigos, tengas tiempo de consagrarte á esos peligrosos amoríos.

LEOP. Hice creer á Filomena que me habían nombrado individuo de una Junta de Agricultura, y con el pretexto de las sesiones todas las mañanas voy á hacer un ratito de compañía á la encantadora Paz, en su delicioso entresuelo de la calle de Belén.

D. NEM. ¡Justo! Usted se va á esa calle, y su mujer se queda en Belén.

CAR. Pues, nada, chico, sigue, que ya tocarás los resultados. (Se levanta.)

LEOP. No, si ya no sigo. Hace tres días que he resuelto volver al buen camino. Las exigencias de Paz son intolerables. Anteayer quedé en llevarla cuatro mil pesetas que necesitaba para comprar no sé que chucherías; pero no he vuelto á parecer por su casa.

CAR. ¡Bien hecho!

LEOP. Ya estaba yo tranquilo, creyendo que se conformaba con mi ausencia, cuando esta mañana me entregó misteriosamente el portero esta cartita, cuyo contenido me puso los pelos de punta. (Se levanta.) Toma y lee. (Le da una carta sin sobre.)

D. NEM. ¡Veamos, veamos!

CAR. Cuidado, no nos sorprenda tu mujer.

LEOP. (Se dirige hacia la puerta segunda izquierda.) ¡Dios nos libre!

CAR. (Leyendo.) «¡Ingratón!»

D. NEM. Buen principio.

CAR. «Si no me traes esta misma tarde las cua»tro mil pesetas que me prometiste, voy á »tu casa y te armo la *escandalera* del si»glo.—Paz.»

D. NEM. Lacónica, pero expresiva.

CAR. «Postdata.—Belén, 52, entresuelo. Te re»cuerdo las señas de mi casa, porque me »parece que las has olvidado.»

LEOP. ¡Mi mujer!

CAR. ¡Caracoles! (Guarda precipitadamente la carta en el bolsillo derecho del batín.)

D. NEM. ¡Canastos!

LEOP. No; no viene.

CAR. Me había asustado.

LEOP. Ya ven ustedes en qué compromiso me pone esa mujer. Vas á hacerme un favor.

CAR. Chico, no tengo.

LEOP. No, si no te pido dinero; lo que te suplico es que vayas á verla y la convenzas de que

estas relaciones no pueden continuar de ninguna manera.

CAR. Hombre, la comisión...

LEOP. Díle que me he marchado de Madrid, que estoy en el extranjero, en cualquier parte, y para tranquilizarla, haz el favor de entregarle esto. (Dándole una carta con billetes.)

CAR. ¿Qué?

LEOP. Las cuatro mil pesetas que me pide.

CAR. No; lo que es esto...

LEOP. La conozco, es el único medio de convencerla. ¿Lo harás, eh?

CAR. Me lo pides de una manera... (Carlos guarda esta carta en el bolsillo del pecho del batín.)

LEOP. Gracias, muchas gracias, chico. Te viviré eternamente reconocido. Don Nemesio, ¡por Dios! que nadie sepa una palabra.

D. NEM. Descuide usted. ¡Soy una tumba! (¡Pero, en qué líos se meten estos demonios de muchachos!) Tú eres más formal; tú no te ocupas más que en tu política. Y, á propósito, ¿has escrito ya ese manifiesto de que me hablaste el otro día?

CAR. Lo tengo casi terminado. Ahí está Pepito poniendo en limpio unas cuantas cuartillas.

D. NEM. ¿Sí? Pues con tu permiso voy á leerlas.

CAR. Vaya usted, vaya usted.

D. NEM. ¡Adiós, *ingratón*! (A Leopoldo.) ¡Jé, jé!—(Belén, 52 entresuelo. No olvidaré las señas... ¡Quién sabe!) (Vase puerta primera derecha.)

ESCENA VI

LEOPOLDO, CARLOS, luego FILOMENA

CAR. Te lo aseguro. Me ha sorprendido extraordinariamente tu conducta.

LEOP. Lo creo; pero, ¡una y no más!

CAR. Es claro. Unos amores que empezaron con un trueno, no podían concluir de buena manera.

FIL. Bajo enseguida, no es molestia ninguna. (Dentro.)

LEOP. ¡Cállate! ¡Pues sí! Tus electores se han portado admirablemente. Y si el Gobierno...

FIL. Oiga usted, Carlitos. Haga usted el favor de no meter á mi marido en política. No me lo catequice usted, porque éste no necesita pertenecer á ningún partido. La política no les sirve á ustedes más que para echar tiempo fuera de casa y en más de una ocasión de pantalla para ciertas cosas. Este ya tiene bastante con sus sesiones de la Junta de Agricultura.

CAR. Sí, señora, sí. Ya tiene bastante.

FIL. Y esas se las tolero, porque así puede defender nuestras dehesas de Extremadura, que si no, tampoco. ¿Verdad, hijo, que á tí te carga la política?

LEOP. ¡Mucho, muchísimo!

FIL. ¡Es claro! Ya lo sabe usted. Mi marido es amante de la paz.

LEOP. Y CAR. ¡Eh! (Aterrados.)

FIL. Sí, señor; de la paz y de la tranquilidad—de la familia.

LEOP. Y CAR. (¡Ah!)

FIL. Y ustedes los políticos están expuestos el día menos pensado á jugarse la cabeza en medio de la calle. No comprendo cómo María se lo consiente á usted. Lo que es como yo fuera su mujer... Vaya, voy arriba por una muestra de crochet.

LEOP. Voy contigo, vida mía. Yo no puedo separarme de tí. ¡Qué carita tan zaragatera, me la comería!

FIL. ¿Lo ve usted? ¡Este es un marido!

CAR. ¡Sí que lo es!

LEOP. ¡Aprende! Aprende!

FIL. Hasta luego.

CAR. Hasta luego.

LEOP. ¡Que no olvides mi encargo! (Aparte á Carlos.)

CAR. (¡Descuida!) Vete con Dios... (¡Hipócrita!)

ESCENA VII

CARLOS, enseguida PEPITO, luego JUAN

CAR. ¡Miren el marido modelo, y qué callado se tenía lo de estos amores! Por supuesto, que si Filomena averigua lo más mínimo, ya le ha caído que hacer al infeliz.

PEP. Oye, Carlos. (Con una cuartilla en la mano.)

CAR. ¿Qué te pasa?

PEP. Que yo no entiendo esto.

CAR. A ver. (Lee.) «Las papeletas extraídas de... no arrojan...»

PEP. Me parece que me he comido algo.

CAR. ¡Ya lo creo! Te has comido la urna electoral.

PEP. ¡Ah, vamos! Las papeletas extraídas de la urna electoral...

CAR. ¡Eso es! (Pepito corrige en la mesa la cuartilla.)

JUAN Señorito... (Con una carta.)

CAR. ¿Qué hay?

JUAN Esta carta que acaban de traer.

CAR. ¿Esperan contestación?

JUAN No, señor. (Vase Juan.)

CAR. «Urgente.» ¿Qué será esto? (Abre la carta y lee para sí.) «Estimado amigo: el comité ha re»suelto celebrar junta extraordinaria esta »tarde á las tres y media en punto. No fal»te usted, pues se tratarán asuntos relacio»cionados con su candidatura. Suyo afec»tísimo.—López.» ¡Ya lo creo! ¿qué he de faltar? (Guarda la carta en el bolsillo izquierdo del batín.)

PEP. ¿Pasa algo grave?

CAR. No nada. (¡A las tres y media (Mirando el reloj.) y ya son las tres y veinte. No hay tiempo que perder.) ¡Juan! ¡Pronto! La levita y el sombrero. (Entra Juan y se dirige á la puerta segunda derecha, saliendo enseguida con la levita y el sombrero de copa.—Carlos se pone la levita, dejando el batín sobre el sofá.—Juan marcha por el foro.) Toma eso (Dándole unos papeles.) y sigue co-

piando. Si me retraso algo en venir á comer, no me esperéis. Tengo una cita á la que no debo faltar.

ESCENA VIII

DICHOS y DON NEMESIO

D. NEM. ¡Magnífico manifiesto! Se van á quedar tus electores con un palmo de boca abierta. ¡Como que no van á entender una palabra!

CAR. Don Nemesio, oiga usted. (A Pepito.) ¡Anda, hombre, anda! Ya sabes que me urge.

PEP. Voy, voy. (¡Caramba! No le dejan á uno ni respirar.) (Vase puerta primera derecha.)

D. NEM. ¿Qué ocurre?

CAR. Va usted á hacerme un favor. Me citan para las tres y media.

D. NEM. ¡Canastos! ¡Otro lío!

CAR. No señor; me cita el comité y no puedo faltar de ninguna manera. Va usted á cumplir la comisión que me dió Leopoldo.

D. NEM. ¿Ir á ver á esa ciudadana?

CAR. Sí señor; á mí me es imposible.

D. NEM. ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Qué demonio! Lo haré.

CAR. ¿Dónde he puesto la carta? ¡Ah! ¡Aquí! En el batín. (Saca la carta con los billetes.)

D. NEM. Ya sé, ya sé las señas: Belén, 52, entresuelo.

CAR. Aquí deben ir esas cuatro mil pesetas. Se las entrega usted y arregla el asunto como mejor le parezca.

D. NEM. Descuida. Tengo yo cierta maña para estas cosas. (Abre el sobre y saca los billetes y un papel que lee.) «Ahí va ese dinero. Hemos concluído. No vuelva usted á acordarse de L.» ¡L! Está bien pensado esto de no poner más que una L.

FIL. ¡Hola! (Presentándose de pronto.)

D. NEM. (¡Jesús!)

CAR. ¡Ejem!

ESCENA IX

DICHOS y FILOMENA

FIL. ¿Qué es eso? ¿Algun *récipe*?

D. NEM. Sí... sí, señora. *Un récipe secundum artem.* (Guardando el sobre precipitadamente.)

CAR. ¡Adiós, Don Nemesio! No queremos entretenerle.

D. NEM. Despídeme de María. ¿eh?—¡A los pies de usted, señora. ¡Tila! ¡Mucha tila!—Voy, voy á escape... (Vase.)

FIL. ¡Vaya usted con Dios!—¿Qué es eso? ¿Algún enfermo grave?

CAR. No señora; es decir, si señora. Vaya, con permiso de usted. (Asomándose á la puerta segunda izquierda.) ¡Adiós, Maruja; hasta después!

MARÍA (Dentro.) Hasta luego.

FIL. Pero, Carlitos, ¿á dónde va usted tan azorado?...

CAR. La política me reclama, señora. Queda usted en su casa. ¡Abur! (Vase corriendo.)

FIL. Abur, hijo. ¡No vaya usted á caerse por la escalera!

ESCENA X

FILOMENA y enseguida PEPITO con otra cuartilla

FIL. ¡Jesús! ¡Dichosa política! ¡Los hace hasta mal educados!

PEP. (Otro parrafito que tampoco entiendo.)

FIL. ¡Felices, pollo!

PEP. ¡Ah! ¡Buenas tardes, señora!

FIL. ¿A dónde ha ido su cuñado de usted con tanta prisa?

PEP. ¿Se ha marchado ya? Pues no lo sé. No ha querido decírmelo.

FIL. ¿No?

PEP. Recibió hace un momento una carta en que le daban una cita.

FIL. ¿Una cita?

PEP. Sí, soñora.

FIL. ¿Pero de quién?

PEP. Pues no lo sé. Dijo que no le esperásemos á comer.

FIL. ¡Malo! Me parece á mí que la política...

PEP. Espere usted; podemos averiguarlo. Creo que guardó la carta en el bolsillo del batin. (Coge el batín.)

FIL. ¿Sí?

PEP. Aquí está. (Saca una carta del bolsillo derecho.)

FIL. ¡A ver, á ver! (Coge la carta y lee): «¡Ingratón!» ¡Una cita amorosa! ¡Qué escándalo!

PEP. ¡Vírgen Santísima! ¡Si lo llega á saber mi papá!

FIL. «Si no me traes esta misma tarde las cua»tro mil pesetas que me prometiste, voy á »tu casa y te armo la *escandalera* del si»glo. Paz.»—¡La *escandalera!* ¡Valiente señora debe ser la tal Pacita! ¡Y el muy tunante habrá ido á llevarle ese dinero! ¡Un dinero que no es suyo! ¡Qué es de su mujer!

PEP. ¡Que es nuestro! Por algo no quería papá que se casara con mi hermana.

FIL. ¡Pepito, esto es muy grave! ¡Nosotros no debemos consentirlo!

PEP. ¡Claro que no!

FIL. ¿Dónde vivirá esa mujer?

PEP. ¡Quién lo sabe!

FIL. ¡Ah! ¡Somos felices! Aquí pone las señas de su casa: «Belén, 52, entresuelo.» ¡Vive en un entresuelo! ¡Claro, como todas!...

PEP. ¡Pobrecita hermana! ¡Ella que le quiere tanto! (Llorando.)

FIL. ¡Pero, hombre, no llore usted! No me ponga más nerviosa de lo que estoy. ¡Tenga usted más ánimo! En estas ocasiones es cuando debemos demostrar entereza. ¡Por fortuna, en buenas manos ha caído esta cartita! ¡Se la he de hacer tragar! ¡Si lo digo yo! ¡Si todo eso de la Diputación no es más que un pretexto!

PEP. ¡Y para eso me ha tenido escribiendo catorce días!

FIL. Aquí tiene usted la política de su hermano político.

PEP. ¡Y mi papá que me mandó á su lado para que yo no me perdiera!

FIL. ¡Y mi marido que es su amigo inseparable! ¡No! Por fortuna, Leopoldo no debe saber una palabra. ¡Si lo supiera me lo hubiese dicho! Y ya me guardaré yo muy bien de enterarle. Un buen marido debe ignorar ciertas cosas. Vamos con María. ¡Por Dios, no ponga usted esa cara, que lo va á conocer! ¡Pobre amiga mía! ¡Nada, nada! Las infidelidades de los esposos, debieran castigarse con el patíbulo!

PEP. ¡Qué disgusto tan grande cuando se entere mi papá! (Vánse puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI

JUAN, DON CIPRIANO y ROSA

JUAN No está, no, señor... ha salido hace un momento

D. CIP. Bueno, hombre, pues si no está le esperaremos. ¡Qué demontre! Pasa, chica.

JUAN Es que les advierto á ustedes que el señorito tardará todavía algunas horas.

D. CIP. Que no me lo vaya usted á negar, porque eso estaría muy mal hecho.

JUAN No, señor, no.

D. CIP. Don Carlos á mí me considera mucho, y lo que yo hice por él en Villatorda, no lo hace un padre por un hijo.

ESCENA XII

DICHOS y LEOPOLDO

LEOP. (¡Hola, hay visita!)

JUAN Don Leopoldo, ¿sabe usted por casualidad dónde habrá ido el señorito?

LEOP. Sí... Es decir, no; no lo sé.

D. CIP. Pues yo necesito verle esta misma tarde

sin falta ninguna. Tengo muchas cosas que hacer y á mí no me gusta perder el tiempo. (Vase Juan.)

ROSA — Yo con su permiso voy á sentarme. Esto de venir á pie desde la Estación... (Se sienta en la silla de la izquierda de la mesa.)

D. CIP. — ¡Naturalmente! No hay nada más sano que andar á pie.

LEOP. — ¿Acaban ustedes de llegar á Madrid?

D. CIP. — Sí, señor, ahora mismo. Cipriano Bermejo, para servirle. Si va usted alguna vez por Villatorda no tiene más que preguntar por mí. En el pueblo me conocen más por el mote; me llaman *Polvorilla*.

LEOP. — Muy señor mío. ¿Y esta señorita es su hija?

D. CIP. — Sí, señor.

ROSA — Servidora de usted.

LEOP. — Es muy guapa.

D. CIP. — Estimando.

ROSA — Favor que usted me dispensa.

D. CIP. — Nadie dirá que está criada en el pueblo, ¿verdad? Parece una madrileña. ¡Como que le hace todos los vestidos una modista que tiene una cuñada en Valladolid... Pues mire usted, esto de no ver á Don Carlos, me descompone el viaje, ¡créame usted! Tengo que hacer una porción de encargos: comprar un sombrero de copa alta para el síndico; unos floreros para la boticaria; pagar unas suscriciones de *El Imparcial*; tomar unos décimos de la lotería; un terno de lanilla para mi sobrino; algunas cosillas para mi mujer y la mantilla de boda para esta

LEOP. — ¡Ah! ¿Se va á casar esta señorita?

ROSA — Sí, señor; eso quiere mi padre.

D. CIP. — Y ella también lo quiere... Diga usted que á esta tonta le gusta más un tenientillo que está allí ahora en la Reserva; ¡ya ve usted qué proporción! ¡Un teniente! Pero al fin la hemos convencido y se casará con uno de los hacendados más ricos del pueblo. ¡Demontre! ¡Ya son cerca de las cuatro!

LEOP. ¿Cuándo se marchan ustedes?

D. CIP. Pues esta noche á las ocho y media.

LEOP. ¿Y va usted á hacer todos esos encargos en tan poco tiempo?

D. CIP. Sí, señor; enseguida los despacho. ¿No ve usted que me llamo *Polvorilla*? Y además tengo que enseñarle á esta todo Madrid. Para eso la he traído conmigo; para que vea lo mucho bueno que hay por aquí, (y para ver si olvida al teniente). (Aparte á Leopoldo.) ¡Pero, canario, ese Don Carlos que no viene!...

ROSA Diga usted, padre, ¿Don Carlos no está casado?

D. CIP. Sí, pero yo á su mujer no la conozco.

ROSA ¡Toma, pues que le pasen recado!... No hará nada de más en recibirnos.

LEOP. Tiene usted razón.— ¡Juan! (Desde el foro.)

D. CIP. Pues es verdad. Acaso nos dé ella el dinero.

JUAN ¿Qué manda usted?

LEOP. Avisa á la señorita... Estos señores desean verla. (Vase Juan, puerta segunda izquierda.)

D. CIP. Oiga usted, en confianza. Yo no he traído más que el dinero preciso para el viaje, porque como Don Carlos me debe unos cuartos...

ROSA ¡No están malos cuartos! ¡Cuatro mil pesetas!

D. CIP. Y como tenemos que hacer algunos pagos...

JUAN La señorita no puede recibir. (Está llorando como una Magdalena.) (Aparte á Leopoldo.— Vase foro.)

LEOP. (¿Sí? ¿Qué pasará?)

ROSA Oiga usted, padre (Levantándose.) esto de que no quiera recibirnos, es un desprecio.

D. CIP. ¡No, pues esto sí que yo no lo consiento! ¡Después de los favores que nos debe! ¡Y que yo no vengo más que á reclamar lo que es mío! (Incomodado.)

LEOP. Pero, escuche usted...

D. CIP. Yo por las buenas, soy muy bueno; pero como me toquen el amor propio... Ya me

conoce Don Carlos. Ya sabe que yo soy de los que ganan los votos á puñetazo limpio.

LEOP. ¡Calma, hombre, calma!

D. CIP. ¡Negárseme á mí! O me entregan hoy mismo ese dinero, ó me han de oir los sordos.

ROSA ¡Eso! ¡Eso!

LEOP. Escúcheme usted... Yo puedo decirle dónde está Cárlos

D. CIP. ¿Pues no decía usted que no lo sabía?

LEOP. ¡Cállese usted, hombre! Vayan ustedes enseguida á la calle de Belén, 52, entresuelo. Allí está él ahora, de seguro.

D. CIP. ¿En el Comité?

LEOP. ¡Justo! En el Comité.

D. CIP. Eso es otra cosa.

LEOP. Si no está, le esperan ustedes en la portería.

D. CIP. Está bien. Lo que yo quiero es echarle la vista encima. ¿Conque... calle de Belén?

LEOP. Cincuenta y dos.

D. CIP. Entresuelo.—Andando, chica.—Usted dispense; pero á mí, cuando me tocan al amor propio... Cipriano Bermejo, el Polvorilla.

LEOP. Ya, ya.—Vaya usted con Dios, señor Polvorilla. (Vase foro.)

ROSA Quede usted enhorabuena. (Desde el foro.) Ya comprenderá usted que no está bien que no hayan querido recibirnos.

LEOP. Lo comprendo.—¡Vayan ustedes con Dios! ¡Sí, por ahí! Esa es la puerta. (Desde el foro.)

ESCENA XII

LEOPOLDO, luego PEPITO, más tarde JUAN

LEOP. ¡Vaya, favor por favor! Este tío era capaz de armar aquí un escándalo.

PEP. (Dirigiéndose al foro precipitadamente.) ¡Juan, pronto, esa taza de tila!

LEOP. Pero, ¿qué sucede?

PEP. Una friolera. ¡Que lo sabemos todo!

LEOP. ¡Eh!

PEP. ¡Que Filomena ha descubierto lo de Paz! (Vase corriendo, puerta segunda izquierda.)

LEOP. ¡María Santísima! ¡Que lo ha descubierto! Pero, ¿cómo? ¡Me vá á matar! Yo no la espero aquí. (Al ir á salir por el foro, tropieza con Juan, que entra con una taza de tila, que se le cae al suelo.) ¡Jesus! (Se oye la voz de Filomena.)

JUAN ¡Señorito! (Bajándose á recoger la taza. Vase por el foro otra vez.)

LEOP. ¡Huy! ¡Mi mujer! (Vase corriendo puerta segunda derecha, que cierra.)

ESCENA XIII

FILOMENA, con la mantilla puesta, MARIA, llorando y PEPITO

FIL. Tranquilízate, hija, tranquilízate.

MARÍA ¡No puedo! ¡No puedo! (Llorando amargamente.) ¡Quien... me... lo....había... de decir!

FIL. Yo pensaba ocultártelo, pero, hija mía, yo no sé finjir... Si no te lo digo creo que me pongo mala.—¡Ay, qué calamidad de pulsera! (Se quita la pulsera y la guarda en el bolsillo.)—¡Pero por la Virgen, no te aflijas de ese modo!—Yo me encargo de arreglar este asunto. ¡Le he de escarmentar para siempre!

PEP. ¡Y que no se ande en bromitas conmigo, porque yo soy capaz de... de escribírselo á mi papá!

FIL. Pepito, acompáñeme usted.

MARÍA ¡Y yo... que... le había... ofrecido... mis alhajas!.. (Llorando fuerte.)

FIL. Adiós, hija mía, adiós. Procura tranquilizarte. Hasta luego. Yo te respondo de que te lo he de traer aquí aunque sea por las orejas.

PEP. ¡Sí señor! ¡No me conoce á mí todavía! (Vanse por el foro.)

ESCENA ULTIMA

MARIA, llorando sentada en una butaca. LEOPOLDO, luego JUAN

MARÍA ¡Ay, ay! ¡Qué desgraciada soy!

LEOP. Pero María... (Después de mirar cautelosamente en la puerta del foro.)

MARÍA ¡Ay, Leopoldo de mi alma! (Se levanta.)
LEOP. ¿Por qué llora usted de ese modo?
MARÍA ¡Carlos me engaña!
LEOP. ¿Eh?
MARÍA Carlos tiene una querida.
LEOP. ¡Cómo!
MARÍA Una querida que... que le llama... *ingratón.*
LEOP. ¿Eh?
MARÍA ¡Y que le pide... cuatro... mil... pe... se... tas!...
LEOP. (Mi carta.) Pero, ¿cómo?
MARÍA ¡Ay, ay!... ¡Yo me pongo mala!... (Cae desmayada en brazos de Leopoldo, que la sienta en la butaca.)
LEOP. ¡María, María!... —¡Mi carta... mi mujer... Paz... Esta pobre señora!... ¡Buena la hemos hecho!
JUAN ¡La tila!
LEOP. Trae acá. (Coge muy tembloroso el plato con la taza de tila.) ¡Señora! (¡Ay, Dios mío de mi alma!) ¡María, María!... ¡Quiá, no oye!... (¡Y Filomena que se habrá enterado!) ¡María!... ¿Tiene azahar? (A Juan.)
JUAN Sí, señor.
LEOP. ¡Vaya! Me la tomaré yo. (Se la bebe.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante.—Los muebles en algún desorden.—Puerta al foro y laterales.—Al foro dos entredoses ó consolas con espejos.—Al levantarse el telón, dos mozos de cuerda acaban de liar en escena algunas sillas de tapicería.—El PORTERO, mal humorado, inspecciona la operación.

ESCENA PRIMERA

PORTERO, con los zorros y un paño de limpieza y MOZO 1.º y 2.º

POR. ¡Cuidado! No apriete usted tanto, que va mal colocada esa silla. ¡Así! Otra vuelta ahora.

MOZO 1.º ¿Estas colgaduras son también del mueblista?

POR. No lo sé; pero por mí pueden ustedes llevarse hasta los clavos.

MOZO 1.º Por si acaso las dejaremos.—Amarra bien por ese lado, Pachín.

VOZ (Dentro.) ¡Portero!

POR. ¡Voy!—¡Así, hombre, así! No sea usted bruto. ¡Ni que fueran sillas de Vitoria!

VOZ ¡Portero! (Dentro.)

POR. ¡Alla voy! (Desde el foro.) ¿Quién llama? ¿Eh? ¿Fernández? ¡Sí señor! segundo de la derecha. ¡Vaya usted con Dios! (Bajando.) Este es demasiado jaleo. ¡Tiene uno que atender á todo!

MOZO 1.° ¿Hay que llevarse estu también, verdá? (Al mozo 2.° asomándose puerta segunda izquierda.)

MOZO 2.° Creu que sí.

MOZO 1.° Pues lo iré liandu para otru viaje. (Vase puerta segunda izquierda.)

MOZO 2.° ¡Purteru!

POR. ¿Qué hay?

MOZO 2.° Haga el favor de ayudarme aquí.

POR. Vamos allá, hombre, vamos allá. (Le ayuda á cargar con las dos sillas.) ¡Por vida de doña Paz! ¡Si no fuera porque da tan buenas propinas!—Cuidado ¿eh?

MOZO 2.° Hasta después. (Vase el mozo 2.° á tiempo que se presenta don Nemesio.)

D. NEM. ¡Bárbaro! Por poco me salta usted un ojo.

MOZO 2.° Usted perdone. (Vase.)

ESCENA II

DON NEMESIO y PORTERO

D. NEM. Buenas tardes.

POR. Felices. (Un acreedor, de seguro. ¡Cómo ponen la alfombra esos avestrúces!)

D. NEM. Diga usted. ¿Está visible la señora?

POR. (¡La señora! ¡No está mala señora!)

D. NEM. Pregunto si...

POR. No señor. ¡No está en casa! (Con malos modos.)

D. NEM. Lo siento.

POR. Si viene usted á cobrar alguna cuenta me parece que...

D. NEM. Al contrario, vengo á darle dinero.

POR. Eso es otra cosa.

D. NEM. ¿Usted es sirviente suyo?

POR. No señor, yo soy el portero de la casa.

D. NEM. ¡Ah! ¡Ya!

POR. Pero aquí no hay más sirviente que yo.

D. NEM. ¿Usted... usted fuma?

POR. ¡Sí señor! ¡Ya lo creo!

D. NEM. Vaya un purito. (Dándole un puro.)

POR. Gracias. Así entre horas no fumo más que picadura. (Guardándose el puro.)

D. NEM. Pues ahí va medio duro para unas cajetillas.

POR. Muchísimas gracias. (Muy amable.) Tome usted asiento. Aquí, aquí estará usted muy cómodo. (Se sienta don Nemesio en la butaca de la izquierda, que el portero limpiará antes con los zorros.)

D. NEM. ¿Con que dice usted, que Pazita ha salido?

POR. Sí señor, salió esta mañana á las nueve y no ha vuelto todavía.

D. NEM. Pero, ¿volverá pronto, eh?

POR. Pues, no lo sé, porque como no tiene hora fija.

D. NEM. Y diga usted, diga usted. ¿Es guapa, verdad?

POR. ¿Pero usted no la conoce?

D. NEM. No señor, no tengo ese gusto.

POR. ¡Ah! Pues, no agraviando á lo presente, es una muchacha preciosa, y luego tiene un gancho para los hombres... En el año y medio que lleva en esta casa le he conocido lo menos siete novios.

D. NEM. ¿Sí, eh?

POR. Ahora debe estar medio tronada con el último, porque hace tres días que no viene por aquí. Pero no tardará en sustituirle, porque ella es así, muy campechanota, y muy... ¡vamos!.. muy...

D. NEM. ¡Muy corriente!

POR. ¡Eso! Y me parece que usted ha de simpatizar mucho con la señorita, porque es lo que ella dice, los hombres así de cierta edad son más formales y más lucrativos.

D. NEM. (¡Me parece que aquí va á caer un doctor!)

POR. Yo le dejo á usted. Tenemos á los albañiles en las bohardillas, y como yo necesito atender á todo... servir la portería, arreglar los *quinqueses*, vigilar á los operarios y llevar la cuenta de las baldosillas. Y todo por noventa reales al mes. ¡Le digo á usted, que los caseros!.. ¿Usted no será casero?

D. NEM. ¡Sí! Tengo dos casitas en la calle de la Ruda.

POR. Entónces no le digo á usted nada... Con su permiso... Usted perdone que esto esté

algo en desorden, pues con tanto entrar y salir esos mozos...

D. NEM. Pero, ¡qué! ¿Andan de mudanza?

POR. No señor. Son los mozos de un mueblista que vienen á recoger algunas cosillas. La señorita es muy caprichosa, ¿sabe usted? y en el año y medio ha cambiado siete veces de mobilario. Yo creo que es que no lo paga, y luego, naturalmente, cada uno se lleva lo que es suyo. Por supuesto que á ella le gusta vivir bien y tratarse bien, eso sí. El otro día fuí yo á pagar al Suizo una cuenta de catorce duros de sorbetes.

D. NEM. ¡Hombre! Me deja usted frio.

POR. ¿Pues y dulces? Usted no sabe los dulces que se come esa criatura. Sobre todo, merengues; son los que más le gustan. Le digo á usted que para dulces y flores necesita ella una fortuna. Es muy derrochadora, ¡sí señor! pero por lo demás, es muy buena, ¡ya lo creo!.. y muy guapa... Lo que es guapa... tiene unos ojos que no hay dinero con que pagarlos... Y á mí me aprecia mucho, porque como yo soy el que trae y lleva todos los recaditos... ¡Vaya! voy á ver á esos albañiles, y luego bajaré á ayudar otra vez á los mozos... ¡Nada! que no puede una persona sola con tantas obligaciones. Así es que estoy reventado. Y mañana haga usted toda la limpieza. (Apuntándole con el mango de los zorros.)

D. NEN. ¿Quién? ¿Yo?

POR. ¡Jé! ¡jé! ¡Qué bromista es el señor!

D. NEM. Yo me retiro. (Levantándose.) Volveré luego (Tengo tiempo de hacer una visita.)

PORT. Como usted guste.

D. NEM. Si viene antes, dígale usted que...

PORT. Vaya usted descuidado, que yo sé lo que tengo que decir.

D. NEM. Bueno, pues hasta luego. (Medio mutis.)

PORT. Servidor de usted. ¡Ah! Una pregunta.

D. NEM. ¿Qué?

PORT. ¿Es usted soltero ó casado?

D. NEM. Hombre, ¿y á usted qué le importa?

PORT. Usted perdone; pero lo preguntaba por si acaso...

D. NEM. Pues no soy ni casado ni soltero.

PORT. ¡Qué cosa más rara!

D. NEM. ¡Soy viudo!

PORT. ¡Ah, vamos! ¡Jé, jé! No caía. Pues vaya usted con Dios que yo le diré que ha estado á verla un caballero viudo muy decente.

D. NEM. Hasta después. (Vase foro.)

PORT. Usted lo pase bien. (Acompañándole.) Servidor de usted... Beso á usted la mano... (Volviéndose. Transición.) ¡Bendito seá Dios, y cuántos tontos hay en este Madrid!

ESCENA III

PORTERO y ALBAÑIL, luego MOZO 1.°

ALB. ¡Señor Manuel! (En la puerta del foro.)

PORT. ¿Qué hay? (Con malos modos.)

ALB. Que suba usted á ver si hemos de poner más baldosas en la cocina.

PORT. Allá voy, allá voy. (Vase el albañil.)

MOZO 1.° ¡Purterù! (Saliendo puerta segunda izquierda.)

PORT. ¿Qué se ofrece? (Incomodado.)

MOZO 1.° Si quiere usted venir á echarme una manu...

PORT. ¡Déjeme usted en paz! ¡Ni que fuera uno un mozo de cordel! ¡El demonio del hombre! (Vase furioso por el foro.)

ESCENA IV

MOZO 2.°, luego DON CIPRIANO, con una sombrerera y ROSA con una caja de dulces

MOZO 1.° ¡Adiós, menistru! ¡Pues no se dá pocu tonu ese zánganu! ¡Mejor le fuera no estar sirviendu á estas *cucotas*, como las llama el amu! ¡La verdá es que hay purterus que nu cunocen la vergüenza! Vaya, llevaré estu, y luego volveré con el otru pur lo de ahí dentru... (Acaba de liar otro par de sillas.)

D. CIP. ¡Deogracias! (Dentro.) ¿Se puede? (En la puerta.) Pasa, chica, aquí debe estar.

MOZO 1.º Buenas tardes.

ROSA Felices.

D. CIP. ¿Sabe usted si está Don Carlos?

MOZO 1.º Non le conozcu.

D. CIP. Don Carlos Menéndez, un señor que estuvo para salir diputado.

MOZO 1.º Non sé nada.

D. CIP. Me han asegurado que vendría por aquí.

MOZO 1.º Puede que venga. A esta casa creu que vienen muchus caballerus.

D. CIP. ¿Políticos, eh?

MOZO 1.º Lu serán, yo non me metu. (Sigue liando.)

D. CIP. Lo que te decía. (A Rosa.) Aquí deben reunirse algunos correligionarios. Esperaremos; mejor estamos aquí que en la portería. Pues oiga usted, yo también soy de estos.

MOZO 1.º ¿Sí, eh?

D. CIP. De los que defienden á Don Carlos.

MOZO 1.º ¡Ah, vamos! Es usted carlista.

D. CIP. ¡Quiá, hombre, liberal! Pero muy liberal. ¿Usted también será liberal, eh?

MOZO 1.º Non, señor; yo non soy más que mozu de cordel. (Carga con las sillas y vase.)

ESCENA V

DON CIPRIANO y ROSA

ROSA Pero, padre, en esta casa no hay nadie.

D. CIP. Ya vendrán. No será todavía la hora de la junta.

ROSA Yo me siento. (En la butaca de la izquierda.) Estoy que no puedo más. ¡Qué manera de correr por esas calles! ¡Y qué ruido! Tengo la cabeza atolondrada. Debe ser la debilidad. (Comiendo un dulce.)

D. CIP. Mujer, no comas tantos dulces, que te van á hacer daño.

ROSA ¡Si son muy ricos! ¡Como estos no los hacen en Villatorda! Ande usted, tome usted uno.

D. Cip. No, no quiero. Luego, más tarde, cuando hayamos despachado todos los encargos, comeremos en una fonda de las principales. Pero lo primero es lo primero... Todavía no hemos hecho más que el encargo del síndico. Pero, ¿vaya una compra, eh? (Abre la sombrerera.) ¡Esto se llama una chistera! ¡Qué flamante y qué reluciente! Como que es de una gran sombrerería. (Leyendo en el fondo.) «J. Rodríguez, sombrerero de *ese eme*.» ¡De Su Majestad! «Infantas, 3.» Y de las tres infantas. Y mira. (Poniéndoselo.) ¿No me está del todo mal, eh? ¡Jé, jé! (Mirándose al espejo de la derecha. Deja la sombrerera en el suelo al lado del entredós ó consola.)

Rosa ¡Padre, cómprese usted otro!

D. Cip. Sí; para que me corran los chiquillos en el pueblo. Esto es bueno para los que andan siempre de tiros largos, como el Registrador. Y ahora que me acuerdo. Ese señor me encargó mucho lo de los décimos. No sea que nos volvamos sin ellos. Ya sabes que le debo muchos favores. Aquí debo tener la apuntación. (Deja el sombrero de copa sobre la consola de la derecha, y saca la cartera.) Sí, aquí está. «El 1.007 y el 7.001.» ¡También es capricho! Las dos cantidades al revés. Pero, es claro, como un décimo es para él y el otro para su mujer, que siempre le lleva la contraria... Anda, vamos á tomarlos en un momento.

Rosa Pero, padre, si estoy que ya no puedo dar un paso... y en esta butaca está una tan á gusto... ¿Vaya unos muebles, eh? Ya podía usted comprarme unos como estos para la boda.

D. Cip. Calla, tontina, que de eso ya se encargará tu novio. Lo que le sobra á él es el dinero. En cambio si te casaras con el teniente...

Rosa Es que con ese, aunque fueran sillas de madera...

D. Cip. ¡Vaya, vaya! (Incomodado.) Vamos por esos décimos.

ROSA Padre, yo no me muevo de aquí hasta que nos marchemos al tren. ¡Estoy mareada!

D. CIP. Pero mujer, ¿Te vas á quedar sola en esta casa?

ROSA ¡Es claro, me van á comer! ¡Parece usted tonto!

D. CIP. Bueno, mujer, bueno, no te incomodes; por aquí cerca debe haber una administración. Voy y vuelvo á escape. Si llega don Carlos, le dices lo que viene al caso...

ROSA Pero si yo no le conozco...

D. CIP. Pues es verdad. Mira, es un señor, así... con... pero, ¿para qué? Si en cinco minutos estoy de vuelta. ¡Hum, perezosa! Parece mentira que seas hija mía. Soy yo capaz de andar todo Madrid en menos de una hora...

ROSA Que no tarde usté mucho.

D. CIP. Enseguida estoy aquí. (Vase corriendo.)

ESCENA VI

ROSA, sola. Luego MOZO 2.°

ROSA La verdad es que Madrid debe ser precioso... Pero con mi padre no se puede... ¡Hola! ¡Hola! por esas calles de Dios pegándose encontrones con toda la gente... En cuanto me case le voy á decir á Manolo que me traiga á Madrid á pasar una temporadita, para ver á mi gusto todos esos escaparates.... Hoy estoy mareada... ¡Tengo un peso en la cabeza!... Pero puede que sea el sombrero... Como no me lo quité desde que salí de Villatorda... (Quitándoselo). ¡Ah! (Respirando.) ¡Pues era esto! (Se levanta.) Así estoy más á gusto... (Mirándose al espejo de la izquierda. Deja el sombrero y los dulces sobre la consola.) ¡Qué espejo tan bonito! Lo cierto es que tienen muy bien puesta esta casa! ¡Anda, anda! ¡Vaya un par de *cónsolas!* ¿Qué habrá por aquí? (Puerta primera derecha.) ¡Ay, qué gabinete tan elegante! ¡Y cuánto muñequito de porcelana!

MOZO 2.º (Entrando por el foro.) ¡Felices! Voy á ver si se recoge todo aquello. (Puerta primera izquierda.)

ROSA Vaya usted, vaya usted...

MOZO 2.º Con su permiso. (Desliando una cuerda.)

ROSA (Mientras viene ese señor, bien puedo ver todo esto.) (Vase puerta primera derecha.)

ESCENA VII

MOZO 2.º, luego FILOMENA y PEPITO

MOZO 2.º ¡Caráspita! ¡Y es guapota de verdá! ¡Qué suerte tienen algunos pícaros!...

FIL. Pase usted, hombre. (A Pepito.) No tenga usted miedo. Buenas tardes.

MOZO 2.º ¡Santas y buenas!

FIL. ¿Está en casa la?... ¡Esa señora!...

MOZO 2.º Por ahí dentro debe andar.

FIL. Gracias.

MOZO 2.º (Esta debe ser otra que tal... ¡Buenu anda Madrid, buenu! (Vase primera izquierda.)

ESCENA VIII

FILOMENA y PEPITO

FIL. Bien puede agradecerme su hermana de usted lo que yo estoy haciendo por ella. ¡No tendrá muchas amigas que se atrevan á tanto!

PEP. ¡Ya lo creo que no!

FIL. Pero no todo lo hago por María. ¡Bien lo sabe Dios! Quiero que si mi marido llega á enterarse, escarmiente en cabeza ajena. ¡Mire usted, mire usted cómo estoy!

PEP. ¿Eh?

FIL. ¡Tómeme usted el pulso!

PEP. Pero si yo no entiendo... (Tomándola el pulso.)

FIL. Estoy lo mismo que una pila eléctrica... Sería capaz de...

PEP. ¡Por Dios, señora, no vaya usted á comprometerse!

FIL. No tema usted. La educación hará que me domine... De seguro que Don Carlos es-

tará aquí ahora de visita... ¡No van á ser cuatro frescas las que yo le voy á decir! Pero quiá; ya tendrá buen cuidado de no presentarse. ¡Un sombrero! ¡El suyo! Déme usted un fósforo. (Coge el sombrero que habrá dejado Don Cipriano.)

PEP. ¿Para qué?

FIL. Déme usted un fósforo y cállese usted. Yo sé lo que me hago.

PEP. ¡Tome usted, tome usted!

FIL. ¡Así! (Ahumando la badana del sombrero.)

PEP. ¿Pero, señora, va usted á vengarse en el sombrero?

FIL. No se conoce... Si se atreve á negarlo, esta mancha en la frente será la prueba del delito. ¡Él no ha de ir á su casa sin sombrero!—Déme usted otro.

PEP. ¿Otro sombrero?

FIL. No, hombre; otro fósforo.

PEP. Ahí va.

FIL. ¡Ajajá! Perfectamente.

PEP. (¡Ay, allí está! ¡Y qué guapa es!) (Puerta primera derecha.) ¡Ya viene!

FIL. ¿Él? (Deja el sombrero sobre la consola de la derecha.)

PEP. No, señora; ¡ella! ¡Y es muy guapa y muy buena moza! (Con entusiasmo.)

FIL. ¿También usted?...

PEP. Señora...

FIL. Déjeme usted sola con ella. Espéreme usted en la portería.

PEP. Pero... es que yo...

FIL. Ya no me hace usted falta. Un chico como usted, no debe presenciar estas entrevisvistas. ¡Ande usted, ande usted! (Le empuja hasta la puerta.) Sería un peligro para este muchacho...

ESCENA IX

FILOMENA y ROSA. Al final PEPITO

ROSA (¡Pero cuantisima chuchería hay aquí!) ¡Eh! ¡Una señora!

FIL. Señorita... (¡Y que tenga que llamarla señorita!)

ROSA Servidora de usté.

FIL. (¡Jesús, y qué cursi! ¡Claro! ¡Dios sabe lo que habrá sido!) ¿No esperararía usted esta visita?...

ROSA No señora; pero me alegro, porque ya me cansaba de estar sola.

FIL. (¡Sola! ¡Para quien te crea!)

ROSA ¿Viene usted á esperar á alguno?

FIL. ¡No; es decir, sí! Vengo á esperar á uno... A Carlos.

ROSA ¿A Don Carlos Menéndez?

FIL. ¡Justo, á ese!

ROSA Pues también yo le estoy esperando.

FIL. (¡Y con qué frescura lo confiesa!)

ROSA Siéntese usted... Ya no debe tardar.

FIL. Oiga usted, joven... (Yo no la llamo señora.) ¿Sabe usted quién soy yo?

ROSA No, señora, si usted no me lo dicé.

FIL. Pues yo soy el angel tutelar de una familia; la persona que viene aquí á velar por la tranquilidad de un matrimonio; la amiga leal y cariñosa que desciende á este terreno para defender los sagrados derechos de una esposa modelo de bondad y de cariño. ¡Esa soy yo!

ROSA ¡Caramba! Pues debe usted ser muy buena.

FIL. Mejor que usted.

ROSA ¡Señora!... Yo...

FIL. Sé lo que es usted. No necesita usted explicármelo.

ROSA ¿Qué lo sabe usted?

FIL. Sí señora; lo sé todo. No se descubrirían tan fácilmente estas cosas, si ustedes tuvieran más cuidado cuando escriben esas cartitas.

ROSA ¿Esas cartitas?...

FIL. No me lo niegue usted. ¡La he leido yo!

ROSA ¿Pero el qué?

FIL. La carta en que usted le pide á Carlos las cuatro mil pesetas.

ROSA ¡Ah! ¡Ya! Pero esa carta no se la escribí yo.

FIL. ¿Qué no, eh?

ROSA No señora; se la escribió mi padre.

FIL. ¡Su padre!

ROSA Sí señora.

FIL. ¡Pero, su padre de usted se rebaja hasta este punto!

ROSA ¡Cómo rebajarse! El no hace más que reclamar lo que le corresponde. El figurar cuesta siempre muy caro. Y sobre todo, señora, el que quiera favores que los pague.

FIL. (¡Qué cinismo!)

ROSA Pues bueno fuera que perdiéramos ahora ese dinero.

FIL. ¿Pero usted sabía ya que Carlos era un hombre casado?

ROSA ¡Tóma! ¿Y eso qué importa?

FIL. (Pues señor, esta mujer no tiene ni pizca de vergüenza.)

ROSA Me parece que no habrá nadie que nos prohiba...

FIL. Lo que le prohibo á usted terminantemente es que ponga los piés en casa de ese hombre.

ROSA ¿En casa de Don Carlos?

FIL. ¡Sí señora!

ROSA Pues si ya estuvimos.

FIL. ¡Que ya estuvieron ustedes!

ROSA Sí señora, hace poco. Y por cierto que su mujer ha sido tan atenta, que ni siquiera ha querido recibirnos.

FIL. Naturalmente. ¡Pues no faltaba más! Se necesita valor para semejante atrevimiento. No parece sino que todas somos iguales.

ROSA Oiga usted. ¿Es algún título esa señora?

FIL. Tiene un título que la hace acreedora al respeto y á la consideración de todo el mundo. ¡Es una señora casada!

ROSA ¡Vaya una cosa! Si ella está casada, también yo lo estaré dentro de muy pocos días.

FIL. ¡Usted!

ROSA Sí señora, ¡yo! Y me casaré con un hom-

bre mucho más rico que Don Carlos.

FIL. Pues me alegro mucho. Así terminará todo esto. No vuelva usted á acordarse de Cárlos en su vida.

ROSA Eso... según y conforme.

FIL. Se lo prohibo á usted. (Muy incomodada.)

ROSA ¿A mí?

PEP. Se van á pegar. (Asomándose puerta del foro.)

FIL. Bueno. Pues sépalo usted de una vez. Si continúa usted en su conducta, soy capaz de dar parte al gobernador de la provincia para que la detenga á usted por seducción de menores...

ROSA ¿Eh?

FIL. El no lo es, pero para este caso como si lo fuera.

ROSA ¡Pero qué está usted diciendo!

PEP. Señora, no se comprometa usted. (A Filomena.)

FIL. Lo dicho. Quede usted con Dios. (A Rosa.)

ROSA Vaya usted enhorabuena.

FIL. Ande usted, Pepito. Ande usted. (Anímese mucho éste mútis.)

PEP. ¡Eso es! Por seducción de menores. (Va hasta la puerta y vuelve.) Adiós... ¡simpática!) (Vase corriendo.)

ROSA Adiós... ¡feo! (Desde la puerta del foro.)

ESCENA X

ROSA sola

ROSA Vaya con la señora. ¡Y qué furiosa se ha puesto! Y decía que era un angel tutelar. No está mal angelito. ¿Qué familia será esta? Pero, ya caigo. Aquí en Madrid, son muy listos... Estos han venido echados por Don Cárlos, para meternos miedo, y á ver si nos volvemos al pueblo sin esos cuartos. ¡Sí! Pues á buena parte vienen. Pero si esto ya me lo temía yo. Si ya se lo dije muchas veces á mi madre. «Mire usted, madre, que ese señor de Madrid será todo lo honrado que ustedes quieran, pero la

verdad es que mi padre está adelantando el dinero, y luego va á costar un triunfo el cobrárselo...» Ahora se convencerán... ¡Y mi padre sin venir!.. ¡Dichosos décimos! Con esto y con que no salgan premiados. ¡Ay, un caballero!

ESCENA XI

ROSA y DON NEMESIO, con un ramo de flores.—Al final MOZO 1.º

D. NEM. (Allí está.) Señorita...

ROSA (Quién será este buen señor.)

D. NEM. (Tiene razón Leopoldo. Es de primer orden.) Perdone usted mi atrevimiento; pero conociendo sus aficiones, he creído que la mejor tarjeta de presentación sería este perfumadísimo bouquet.

ROSA (Bu... ¿qué?)

D. NEM. Yo le ruego á usted que lo acepte.

ROSA ¡Ah! ¿Pero estas flores son para mí? (Cogiendo el ramo.)

D. NEM. Para usted.

ROSA Pues muchas gracias. ¿Y qué voy á hacer yo con ellas?

D. NEM. Pues lo que usted quiera... Aunque yo preferiría que las fuera usted colocando una á una sobre ese hermosísimo busto.

ROSA ¿Sobre cuál? (Mirando á todos lados.)

D. NEM. ¡Ahí! Sobre su corazón.

ROSA (¡Ay! Si estará tocado este señor.)

D. NEM. ¡Nó! Tranquilícese usted... (Me parece que me he escurrido demasiado pronto.) Vengo con una delicada misión.

ROSA ¿Eh?

D. NEM. Pero, siéntese usted. Sentémonos. Tenemos que hablar de un asunto que le interesa á usted muchísimo.

ROSA Usted dirá. (Se sientan. Ella en la butaca de la izquierda. Don Nemesio en una silla volante.)

D. NEM. Tengo que darle una noticia muy desagradable.

ROSA ¡Ah! Vamos. ¡Viene usted de parte de Don Cárlos!

D. NEM. ¡Justo! Pero qué, ¿usted conoce á Carlitos?

ROSA No señor, pero le estoy esperando.

D. NEM. Pues no puede venir. Yo soy el encargado de decirla á usted... que... le va á sorprender á usted la noticia... pero...

ROSA No, si me la figuro. Ya no me cogerá de sorpresa.

D. NEM. Pues bien. Sépalo usted: Leopoldo se ha marchado al extranjero.

ROSA ¿Leopoldo?

D. NEM. Sí señora. Esta misma tarde. Va léjos... muy léjos... A Escocia... A tomar el aceite de hígado de bacalao... (Rosa hace un gesto de repugnancia.) Se lo he aconsejado yo. Está muy delicado el pobrecito. (Movimiento de Rosa.) Yo creo que no vuelve. Pero cálmese usted. Aun quedan en Madrid personas de gusto y de dinero dispuestas á todo.

ROSA ¿Qué? (Con gran extrañeza)

D. NEM. ¡Completamente á todo! (Acercándose más.)

ROSA Pero, ¿usted sabe con quién habla?

D. NEM. No se ofenda usted. Si él mismo me ha contado la historia.

ROSA (Cuando digo que este señor no está bueno...)

D. NEM. Un paseo á la Prosperidad... Una tarde serena y apacible... De pronto el cielo se encapota...

ROSA (¡Sí, pues ya escampa!)

D. NEM. La noche se aproxima... la tempestad arrecia... un horrible trueno estalla en el espacio...

ROSA (¡Santa Bárbara bendita!)

D. NEM. Los caballos se desbocan... y un magnífico *landeau* cae sobre la cuneta del camino... ¿Eh? ¿Qué tal? Creía usted que yo no sabia nada?

ROSA (¡Ay, Dios mío!) (Levantándose.) Caballero, le suplico á usted que...

D. NEM. Sí, tiene usted razón. He sido un indiscreto. Pero nada; ¡soy una tumba! Viva usted tranquila. No volveré á decir una palabra. Aquí tiene usted lo prometido. (Esto la calmará.) (Dándole la carta con los billetes.)

ROSA Pero, ¿qué me dá usted? (Sin atreverse á tomarla.)

D. NEM. Las cuatro mil pesetas.

ROSA ¡Gracias á Dios! (Con mucha alegria.) Pues, hombre, ¡podía usted haber empezado por ahí! (Deja el ramo de flores sobre la butaca.)

D. NEM. (Ya se ha puesto como unas pascuas.)

ROSA Muchísimas gracias... ¿Conque ha sido usted el encargado de?...

D. NEM. Sí, señora. Yo soy una especialidad para esta clase de comisiones, sobre todo, cuando se han de cumplir cerca de una joven tan hermosa como usted.

ROSA Favor que usted me hace.

D. NEM. ¡Justicia, nada más que justicia! Tiene usted unos ojos... y una boca y... ¡Ay, qué boca!...

ROSA Vamos, hombre, no sea usted provocativo.

D. NEM. Le advierto á usted una cosa.

ROSA ¿Qué?

D. NEM. ¡Que yo soy viudo!

ROSA ¿Sí? Acompaño á usted en el sentimiento.

D. NEM. ¡Al contrario! Si así me encuentro perfectamente. La viudez es el estado perfecto del hombre. Porque un viudo es tan libre como un soltero, y, naturalmente, no tiene los compromisos de los casados.

ROSA ¡Ya! (Miren el vejete!)

D. NEM. Y cuando el viudo es de mi edad... y de mi posición... y de mi... En fin... ¿Quiere usted tomar algo?

ROSA No, señor; muchísimas gracias.

D. NEM. ¿Unos dulcecitos?

ROSA No, si tengo allí.

D. NEM. Ya sé, ya sé que le gustan á usted mucho los dulces... ¿Los merengues, eh? ¡Ah, los merengues son deliciosos!

ROSA Sí, señor, que me gustan los merengues.

D. NEM. ¿Sí? Pues voy enseguida.

ROSA Peró, caballero...

D. NEM. ¡No me conoce usted! Esa leve indicación es un mandato para mí. ¡Los tendrá usted inmediatamente!

ROSA Pero...

D. NEM. ¡Nada, los tendrá usted! ¡Adiós, hermosísima! (Al salir tropieza con el Mozo 1.° que entra con una escalera de mano.) ¡Caracoles! ¡Otra vez!... (Vase.)

MOZO 1.° ¡Usted perdone! (A ver si acabamos. ¡Pachín, Pachín!... ¿Por dónde andas, hombre? (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA XII

ROSA, sola

ROSA Pero, señor; ¡qué tipos tan extraños hay en este Madrid! Ese señor empeñado en convidarme á merengues. ¡Cuando yo decía que no estaba bueno de la cabeza! Pero, en fin, lo principal es que ya tenemos el dinero. A ver. (Abre el sobre.) Mil pesetas... Otras mil... tres mil... cuatro mil... ¡La cuenta! ¿Un papel? (Leyendo.) «Ahí va ese dinero. Hemos concluído. No vuelva V. á acordarse de L.» ¿De L? ¡Ah, vamos! De elecciones. Esto es que ya no vuelve á presentarse... Pero, ¿y mi padre? ¿En qué pensará? Yo no aguardo más en esta casa, (Se dispone á ponerse el sombrero.) Le esperaré abajo. ¡Jesús, qué dichoso sombrero! ¡Es claro! La falta de costumbre... (Sigue mirándose al espejo sin ponerse el sombrero.)

ESCENA XIII

DICHA, MARÍA y CARLOS

CAR. (¡Vamos, pasa!) (A María en el foro.)

MARÍA (¡Por Dios, Carlos, no me exijas este sacrificio!)

CAR. (Ya que todas mis reflexiones han sido inútiles, quiero que te convenzas por tí misma de que tus sospechas son injustas.)

MARÍA Pero...

CAR. ¡Pasa! ¡Pasa! ¡Ah, allí está! (Viendo á Rosa.) ¡Señorita!

ROSA ¿Eh? (¡Una pareja!) (1).

CAR. Tenga usted la bondad de contestar categóricamente á mis preguntas. ¿Quién soy yo? (Movimiento de extrañeza en Rosa.) Conteste usted, yo se lo suplico. ¡Diga usted á esta señora quién soy yo!

ROSA ¡Toma! ¿Y yo qué sé?

CAR. (¿Lo ves?) (A María.) ¿Le he dado yo á usted nunca ni el valor de una peseta?

ROSA ¿A mí? (Con extrañeza.)

CAR. (¿Lo ves?) ¿Me he permitido jamás la menor libertad con usted?

ROSA ¿Conmigo? ¡Ya se guardaría usted muy bien!

CAR. (¿Lo ves?) (A María.) ¿A quién ha estado usted esperando esta tarde?

ROSA Pues á un caballero.

CAR. ¿A Don Leopoldo Aguirre?

ROSA No. señor; á Don Carlos Menéndez.

CAR. ¿Eh? (Sorprendido.)

MARÍA ¿Lo ves? ¡Niégalo ahora! (Rompiendo á llorar.)

CAR. Oiga usted, señorita...

MARÍA ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Llorando se sienta en la butaca de la derecha.)

ROSA (¿Por qué llorará esta señora?)

CAR. Pero calla, mujer... Si debe haber algún error...—Haga usted el favor de explicarse. (A Rosa.)

ROSA Pues no hay más explicación que esta... Aquí tengo la carta con las cuatro mil pesetas. Me la acaba de dar el señor de los merengues.

CAR. ¿Quién?

ROSA Un señor muy empalagoso, y que creo que es viudo.

CAR. ¡Don Nemesio!—¡Tranquilízate, por la Vírgen santísima! (A María.) ¿Me hace usted el favor de esa carta? (A Rosa.)

ROSA Tómela usted. (Se la da.)

CAR. ¡Maruja! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Aquí

---

(1) María—Carlos—Rosa.

tienes la prueba! ¡Convéncete! (A María, que sigue llorando.)

ROSA Pero, oiga usted, caballero; ¿esa señora tiene algo que ver con Don Carlos?

CAR. ¡Es mi esposa! Y no comprendo por qué dice usted que esta carta es mía.

ROSA ¿De usted? ¡Pero hombre de Dios, si ya le he dicho que es del señor de Menéndez!

CAR. ¡Es que el señor de Menéndez soy yo!

ROSA ¿Que es usted Don Carlos?

CAR. Sí señora; el mismo.

ROSA ¡Acabáramos!

CAR. Y no tolero de ningún modo que mi nombre suene para nada en esta casa.

ROSA ¡Usted perdone! Pero si yo le esperaba aquí es porque así me lo mandó un amigo de usted.

CAR. ¡Un amigo mío!

ROSA Sí señor, sí. Y ya me voy yo cansando de dar tantas explicaciones.

CAR. ¡Pero esto es una infamia!

ESCENA XIV

DICHOS y LEOPOLDO

LEOP. ¡Manuel! (Dentro.) ¡Manuel!

ROSA ¡Ahí le tiene usted! (Al presentarse Leopoldo en la puerta del foro.)

LEOP. ¿Eh? (Sorprendiéndose al entrar.) ¡Ah! (Tranquilizándose.) ¡Son ustedes! ¿Pero cómo, tu mujer en esta casa? (A Carlos.)

ROSA Este señor es el que me dijo que usted vendría por aquí (1).

CAR. ¿Tú?

LEOP. Sí, hombre, se lo dije por hacerte un favor. (Aparte á Carlos.)

CAR. ¡Leopoldo!

ROSA (¡Ya pareció Don Leopoldo!) (Vase al foro.)

LEOP. Me la encontré en tu casa.

CAR. ¡En mi casa!

---

(1) María.—Carlos.—Leopoldo.—Rosa.

LEOP. Acababa de llegar del pueblo con su padre, con el señor Polvorilla.

CAR. ¿Eh?

MARÍA ¿Qué? (Levantándose.)

CAR. ¿Pero esta joven no es Paz? (Aparte á Leopoldo.)

LEOP. ¡Qué ha de ser Paz, hombre! ¡Si Paz hace tres horas que salió de Madrid! Ahora acabo de saberlo... Estoy loco de alegría... (Recorre la escena en busca del portero.)

CAR. ¡Ay, señorita, usted perdone!... ¿Conque es usted la hija de mi amigo Don Cipriano?...

ROSA Sí señor. Rosa Bermejo, para servir á usted...

CAR. Tengo muchísimo gusto...—¡Salúdala, mujer!... Pero antes abrázame... ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima!

LEOP. (¿En dónde estará ese portero?) (Buscando.

CAR. ¿Y su padre de usted? ¿Por dónde anda el bueno de Don Cipriano?

ROSA Salió á hacer unos encargos y no acaba de volver.

CAR. Pues vámonos. Ya irá luego por casa.

MARÍA Sí, vámonos de aquí.

CAR. ¡Y nosotros que creíamos! ¡Já, já, já!

MARÍA ¡Valiente susto hemos pasado! ¡Já, já, já!

ROSA ¿Pero por qué se rien ustedes?

CAR. Por... nada. Porque creíamos que usted era...

MARÍA ¡Carlos!...—Ande usted; no debemos continuar en esta casa. (A Rosa.)

CAR. ¡Sí, vamos, vamos!

ROSA Bueno, vamos. (Se dirige al foro y se pone el sombrero.)

LEOP. ¡Por Dios, María, perdóneme usted y que no sepa nada Filomena! Ya conoce usted su carácter (1).

MARÍA Merecía usted que se lo dijera todo, por lo que me ha hecho sufrir en estas dos horas.

---

(1) Carlos.—Leopoldo.—María.—Rosa.

LEOP. Lo creo, sí señora, lo creo.

CAR. Queda tranquilo. Por nosotros no sabrá nada. Convencida como está ya María de mi inocencia, no tengo inconveniente en cargar con este sambenito.

LEOP. ¡Muchas gracias, Carlos, muchísimas gracias! (Abrazándole.) Me ofrezco á la recíproca.

MARÍA ¡Pero, hombre!...

LEOP. ¡Ay, usted perdone; si no sé lo que me digo!

CAR. ¡Vaya, abur! Ande usted, señorita. (A Rosa.)

ROSA (Pues, señor, que no lo entiendo.)

MARÍA Ande usted, ande usted. (Vánse María, Rosa y Carlos.)

LEOP. ¡Hasta luego!—¡Enseguida vuelvo yo á meterme en más aventuras amorosas! ¡Manuel! ¿En dónde demonios estará ese portero? ¡Manuel!

ESCENA XV

LEOPOLDO y PORTERO

PORT. ¿Qué es eso? ¿Quién llama? (Por el foro.)

LEOP. ¡Venga usted acá, hombre, venga usted acá!

PORT. ¡Señorito! ¿Por aquí otra vez? ¡Cuánto me alegro! Si es lo que yo digo. Cuando un hombre pierde la chaveta...

LEOP. Usted sí que la ha perdido.

PORT. No diré que nó... tengo la cabeza llena de baldosillas...

LEOP. ¿Nó sabe usted lo que sucede?

PORT. ¿Qué?

LEOP. Que Paz se ha marchado de Madrid.

PORT. ¿Con quién?

LEOP. Con un teniente de caballería.

PORT. ¿Con un teniente? ¡Si ya lo decía yo! Si tenía que acabar de mala manera.

LEOP. Avise usted al casero y que mañana mismo disponga del cuarto...

PORT. Han venido unos mozos del mueblista.

LEOP. Pues que se lleven todo... Conmigo no

tienen que entenderse para nada... Ande usted, ande usted.

PORT. Voy, voy... ¡Mire usted que dejar á este señorito por un teniente! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XVI

LEOPOLDO, luego FILOMENA y PEPITO, MOZOS 1.º y 2.º

LEOP. ¡Ay! ¡Gracias á Dios! Qué en paz me he quedado desde que me falta la Paz. ¡Ea! Cruz y raya. Voy á pagar al tapicero, y enseguida, á casita, á ser un modelo de maridos. (Al salir por la puerta de foro, se oye dentro la voz de Filomena, Leopoldo retrocede aterrado.) ¡Santo Dios! ¡Mi mujer! Al dirigirse puerta segunda izquierda, tropieza con el mozo primero que sale cargado con dos sillas.)

MOZO 1.º ¡Cuidado!

LEOP. ¿Dónde me escondo? (Tropieza en la puerta primera izquierda con el mozo segundo que sale con otras dos sillas.)

MOZO 2.º ¡Ahí va esu!

LEOP. ¡Me extrangula! ¡Ya lo creo que me extrangula! (Corre tropezando en los muebles, y se mete en puerta primera derecha.)

FIL. Indudablemente, la pulsera ha debido caérseme por aquí. (Entrando seguida de Pepito.)

PEP. Tiene usted razón, aquí debe estar. (Vánse los dos mozos.)

ESCENA XVII

FILOMENA, PEPITO y LEOPOLDO, oculto.

FIL. Cualquiera la va á encontrar ahora si están de mudanza. ¡Busque usted! Busque usted bien por ahí!

LEOP. (¡Me andan buscando!) (Puerta primera derecha.) Cierra la puerta.)

PEP. Parecerá, no se apure usted...

FIL. No sabe usted lo que yo lo siento.

PEP. Acaso esté ya en poder de esa señorita.

FIL. Ay, pues eso sí que no puedo tolerarlo. Una alhaja que yo tengo en tanto aprecio... ¡Nada, Pepito! Le digo á usted que yo no puedo tolerarlo.

PEP. Bueno, señora, no lo tolere usted.

FIL. Busque usted, hombre, busque usted con cuidado.

PEP. Ya lo hago, señora...

FIL. ¡Jesus! ¿Para qué habré venido yo á esta casa?

PEP. Espéreme usted aquí. Voy á preguntar á esa señorita...

FIL. Llámela usted. Llámela usted enseguida.

PEP. (¡Qué gusto. Ahora la veré!) (Desde la puerta primera derecha.) ¿Se puede? (¡Tendría gracia que yo desbancase á mi cuñado!) ¿Se puede? Siento pasos. (Con alegría.) Por aquí debe andar. (Entra puerta primera derecha.)

FIL. ¡Jesus! ¡Qué desorden el de estas casas! (Al buscar por todas partes la pulsera, deja los muebles en completo desorden.) ¡Nada, no parece! (Se oye dentro el ruido de una bofetada, seguido de un ¡ay! agudísimo de Pepito.)

PEP. ¡Ay! (Dentro.)

FIL. ¿Eh? ¿Qué será eso? (Entra puerta primera derecha.)

LEOP. ¡María Santísima! ¡Qué bofetada! (Sale precipitadamente por la puerta segunda derecha sin sombrero.) ¡Ay! ¡El sombrero! Se me ha caido el sombrero... ¡Ah! Aquí está uno. (Se pone el que habrá dejado Don Cipriano.) ¡Me he salvado! (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XVIII

FILOMENA, y PEPITO

PEP. ¡Ay! Por poco me deshace las muelas. (Saliendo con la mano en la mejilla.)

FIL. Pero, ¿quién ha sido?

PEP. Un bulto.. Yo no he visto más que un bul-

to.. Al abrir la puerta del gabinete. . ¡Zas!..

FIL. ¡Pobre Pepito!

PEP. Vámonos... vámonos á la calle...

FIL. A ver, hijo mío, á ver si sangra usted.. (Saca el pañuelo con la pulsera engachada en él.) ¡Válgame Dios! ¡Si está aquí!

PEP. ¿Quién? (Retrocede asustado.)

FIL. ¡La pulsera!

PEP. Creí que el de la bofetada.

FIL. ¿Lo vé usted? ¡Si no sé cómo tengo la cabeza!

PEP. ¡Ni yo!

ESCENA XIX

Dichos, y DON CIPRIANO con ocho ó diez paquetes de varios tamaños Todos estos paquetes, menos el en que se suponen los floreros, pueden ir atados formando un soto bulto

D. CIP. ¡Ea! Ya están despachados todos los encargos.

PEP. ¡Ay ! (Asustándose) Vámonos, por Dios, que aquí no estamos seguros.

FIL. ¡Jesus, hijo! No he visto un hombre más apocado que usted.

PEP. Señora, ni que tuviera uno la cara de cartón piedra.

FIL. Vámonos, vámonos... ¡Abur!

PEP. Usted lo pase bien.

D. CIP. Vayan ustedes enhorabuena.

ESCENA XX

DON CIPRIANO

D. CIP. Los regalos para mi mujer, el traje de mi sobrino... los floreros para la boticaria... ¿Y los décimos? ¿Dónde los he puesto? ¡Ah! Estan aquí. ¡Ajajá! Está todo... Me parece que no se me ha olvidado nada... Para encargos no hay otro como yo... Pero esa chica... ¿Por dónde andará? ¡Rosa!.. ¡Muchacha! (Vase puerta segunda izquierda con los líos.)

ESCENA XXI

DON NEMESIO, seguido de un muchacho, dependiente de una confitería, con una gran bandeja con merengues

D. NEM. ¿Se puede?.. No está... (Entra y deja el sombrero sobre la consola de la derecha. El chico se queda en la puerta del foro.) Trae acá esa bandeja. Toma. Eso para tí. (Le dá la propina y se vá el chico.) Son de lo mejorcito de la Mahonesa... ¡Y que digan que estas mujeres cuestan caras! La cuestión está en entenderlas... Por catorce reales de merengues, conquista segura... (Deja la bandeja sobre una silla.) En esta casa no hay quien le anuncie á uno... (Puerta primera derecha.) ¿Se puede?...

ESCENA XXII

DICHO y DON CIPRIANO que sale de la puerta segunda izquierda luego PORTERO

D. CIP. ¿Pero en dónde se habrá metido?
D. NEM. ¡Eh! (Oyendo á Don Cipriano.)
D. CIP. ¡Muchacha! ¡Muchacha! (Dirijese puerta primera izquierda.)
PORT. ¿Qué es eso? ¿A quién llama usted?
D. CIP. ¡A la chica! A una señorita que estaba aquí.
PORT. ¿Y la busca usted en esta casa?
D. CIP. ¡Sí señor!
PORT. ¡Pues échela usted un galgo!
D. CIP. ¡Eh!
D. NEM. ¿Qué?
PORT. Se ha marchado de Madrid.
D. CIP. ¿Que se ha marchado?
PORT. Sí señor. ¡Se ha escapado con un teniente!
D. CIP. ¿Eh? ¿Con un teniente? ¡Vírgen del Cármen! ¡El de la Reserva! ¡Pero esto es una traición! ¡Si esto no es posible!
PORT. Pues lo es. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XXIII

DICHOS, menos el PORTERO

D. CIP. Por eso tenía tanto empeño en quedarse sola. ¡Engañarme de esa manera! (Llorando.

D. NEM. Consuélese usted conmigo. (Riéndose.)

D. CIP. ¡Con usted!

D. NEM. Sí señor. ¡También á mí me ha engañado!

D. CIP. ¿Pero usted conoce á mi hija?

D. NEM. ¡Cómo! ¿Es usted su?.. (Asombrado.)

D. CIP. ¡Su padre, sí señor!

D. NEM. ¿Pero usted sabía ya?...

D. CIP. ¡No sea usted bruto! ¡Qué había yo de saber!

D. NEM. Pues, caballero, le advierto á usted que yo...

D. CIP. ¡Déjeme usted en paz! (Le da un empujón y cae Don Nemesio sobre la bandeja de merengues.)

D. NEM. (¡Santo Dios! ¡Los merengues!)

D. CIP. ¡No se ha de burlar de mí! ¡Yo se lo aseguro! (Vase furioso con los paquetes, la sombrerera y el sombrero de Don Nemesio.)

ESCENA ÚLTIMA

DON NEMESIO y PORTERO

D. NEM. ¡Ay amor, cómo me has puesto! (Mirándose los faldones de la levita.) ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

PORT. Aquí lo tiene usted. (Saliendo segunda derecha.)

D. NEM. ¡No es este! (Le está muy grande.)

PORT. Pues no hay otro.

D. NEM. ¡Y cómo me lanzo yo á la calle con esta facha! (Con el sombrero calado hasta los ojos y remangándose cómicamente los faldones de la levita.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

MARÍA, ROSA y CARLOS.—Se supone que acaban de llegar de la calle de Belén.—María y Rosa, sentadas en el sofá, aquella quitándose la mantilla y ésta el sombrero.—Carlos sale de su habitación segunda derecha.

MARÍA ¡Nada! ¡Nada! Tiene usted que quedarse con nosotros una temporadita.

ROSA Por mí, de buena gana, pero no sé si me dejará mi padre.

CAR. Yo me encargo de sacarle el permiso; ¡pues no faltaba más! Tenemos que corresponder de algún modo á las muchísimas atenciones que les debemos.

MARÍA Carlos me ha dicho muchas veces lo agradecidísimo que le está á su padre de Vd.

CAR. Como que el hombre ha trabajado como un negro.

ROSA ¡Eso sí! ¡Hemos pasado unos días, que ya, ya! Mi padre es atróz para estas cosas.—Cuando le escribieron diciéndole que se presentaba Vd., dijo: Me alegro mucho. Ahora veremos quién lleva el gato al agua.

CAR. Muchas gracias..... por lo de gato.

ROSA Lo dijo así, porque lo que él quería á todo trance, era darles en la cabeza á los otros.

MARÍA ¿A los otros?

ROSA A los contrarios.

CAR. Sí, mujer, á los del Gobierno. A los que me han derrotado.

MARÍA ¡Valientes ignorantes deben ser!

ROSA Ellos habrán ganado la votación, pero le aseguro á Vd. que también se ganaron algunas palizas.

MARÍA ¿Sí, eh?

ROSA ¡Anda! ¡Anda! ¡Apenas si ha babido jaleo en el pueblo! Pues si hasta nosotras nos hemos metido también en las elecciones.

MARÍA ¿Ustedes también?

ROSA ¡Sí señora! Y aquí donde Vd. me vé tan pacífica, una tarde, al salir de la Novena, tuve un choque con la secretaria del Ayuntamiento, y le calenté la cara de lo lindo.

MARÍA ¡Qué barbaridad!

ROSA Usted no sabe cómo está el pueblo. ¡Si allí no se puede vivir!

MARÍA Razón de más para que se quede Vd. con nosotros unos cuantos días...

ROSA Pero si no va á ser posible. Si he venido solamente con lo puesto. Cosas de mi padre. Como todo quiere hacerlo así de prisa y corriendo... De seguro que anda todavía á vueltas con sus encargos. Solo falta que no se atreva á venir aquí.

CAR. ¿No ha de venir? ¡Esté Vd. tranquila!

ROSA Es que como antes no quisieron Vds. recibirnos...

MARÍA Perdonen Vds., pero nosotros ignorábamos...

ROSA No, si ya veo que son ustedes muy buenos. Ya se lo decía yo á mi padre. «Cuando esos señores no quieren recibirnos, es porque no saben que somos nosotros.»

MARÍA Naturalmente.

CAR. Leopoldo ha tenido la culpa de esta falta.

ROSA Pero, digan ustedes; ¿quién es ese don Leopoldo?

CAR. Un amigo de casa.

ROSA ¿De esta casa ó de la otra?

CAR. De las dos.

ROSA Entonces, ¿por qué me decían que ese don

Leopoldo se había marchado á Inglaterra, ó á qué sé yo dónde?

MARÍA Pero, ¿quién le dijo á usted semejante cosa?

ROSA El señor que me dió la carta.

MARÍA Pero, ¿de veras le dijo á usted eso?

ROSA Me dijo eso y otra porción de tonterías.

MARÍA ¿Sí, eh?

ROSA Ese señor no debe estar bueno de la cabeza. ¡Si vieran ustedes qué miraditas me echaba el muy tunante!

CAR. ¿De veras, eh?

MARÍA ¡Miren don Nemesio!

ROSA ¡Toma! ¡Y estaba empeñado en convidarme á merengues!

CAR. ¿Sí? ¡Já, já, já!

MARÍA ¿Con que á merengues? ¡Já, já!

ROSA Lo cierto es que estuvo más amable conmigo que la otra señora.

MARÍA ¿Cuál?

ROSA ¡Una que llegó antes y que se me puso muy furiosa!

CAR. (¡Filomena!) (Aparte á María.)

ROSA Ustedes no saben las cosas que me dijo aquella buena señora. ¡No le faltó más que pegarme! Por supuesto, que si me llega á tocar, hago con ella lo mismo que con la secretaria.

CAR. No le choque á usted. Esa señora es ella así, muy...

ROSA ¡Muy nerviosa!

CAR. ¡Y muy fastidiosa!

ROSA ¿Es amiga de ustedes?

CAR. Sí; es amiga de casa.

ROSA ¿De la otra?

MARÍA No; de esta.

ROSA Pero, vamos á ver. Hagan ustedes el favor de explicarme... porque ó yo estoy todavía con el marco del viaje, ó á mí me han sucedido una porción de cosas muy raras.

CAR. El viaje, indudablemente el viaje.

ROSA Me dan un dinero de usted con una carta, que luego resulta que no es de usted...

CAR. La carta es una equivocación; pero el

dinero es mío, es decir, de usted. Como que es la cantidad que yo le debo á su padre...

ROSA Bien, pero... aquellas preguntas de usted, y la visita del caballero de las gafas, y de la señora, y de un tipito que iba con ella, un señorito muy flacucho y que tiene cara de bo...

CAR. El hermano de ésta.

ROSA ¡Ah, sí! Tiene cara de bo... bondad.

MARÍA Muy bueno. Es un infeliz.

ROSA (¡Por poco lo suelto!) Ustedes perdonen, pero... lo dicho; estoy completamente mareada.

CAR. El viaje, eso es el viaje. Mujer, llévala al comedor y que le dén algo á esta señorita.

ROSA No, si no tengo ganas; me he comido dos libras de dulces...

CAR. Bueno; pues una taza de té ó de manzanilla...

MARÍA Sí, venga usted... Con toda confianza. Está usted en su casa. (Se levantan.)

CAR. Nada de cumplidos. ¡Pues no faltaba más!

ROSA ¡Corriente! Como ustedes gusten. (¡La verdad es que son muy buenos, y cuidado que me eran antipáticos!) (Vanse María y Rosa puerta segunda izquierda.)

ESCENA II

CARLOS, luego LEOPOLDO

CAR. Cualquiera le dice á esta chica: «Todo eso que le ha pasado á usted esta tarde, ha sido porque la hemos tomado por una...» ¡Digo! ¡Con el geniecillo que debe tener la criatura!

LEOP. Hola, chico, vengo... no sé cómo vengo. Todavía no me ha salido el susto del cuerpo. (Sin quitarse el sombrero.)

CAR. ¿Qué te ha pasado?

LEOP. ¡Una friolera! Que me he encontrado con mi mujer en casa de Paz.

CAR. ¿Sí?

LEOP. Gracias á que he podido ocultarme. Pero el susto nadie me lo ha quitado de encima. Lo que he sentido mucho es la bofetada.

CAR. ¿Te ha pegado tu mujer?

LEOP. No, hombre, si no me ha visto. Digo la bofetada que le dí á tu pobrecito cuñado.

CAR. ¡Leopoldo!

LEOP. Perdóname, pero... no he podido remediarlo. Estaba en un estado de excitación, que se la hubiera pegado á cualquiera.

CAR. ¡Pobre Pepito! Pero, ¿supongo que Filomena no habrá descubierto?...

LEOP. No lo sé; pero creo que iba á buscarme.

CAR. Quiá, hombre. Si á quien ella buscaba en esa casa de Paz es á mí. ¡Como que para tu mujer yo soy el único culpable!

LEOP. ¿Crees de veras, que?...

CAR. Sí, hombre, sí. ¡Tú eres un pobrecillo, un santo varón, un modelo de maridos!

LEOP. ¡Y lo soy, créeme! Lo soy... desde ahora. No me han quedado ganas de meterme en mas aventuras amorosas. Este me está costando muchos disgustos y mucho dinero. Apropósito. Dame esas cuatro mil pesetas. Tengo que ir á pagar al tapicero.

CAR. Pues, chico, lo siento mucho, pero no puedo dártelas. Las tiene esa señorita, y como es precisamente la cantidad que yo le debía á su padre... Pero si es que tú...

LEOP. ¡No, de ninguna manera! No faltaba más. Sólo necesitaba ahora unos cuarenta duros.

CAR. Esos sí puedo dártelos. ¡Tóma! (Los saca de la cartera.)

LEOP. Que no te ocasionen el menor trastorno, porque yo no quiero de ninguna manera... Ya he abusado bástante de tu amistad.

CAR. Vaya, hombre, no digas tonterías. (Le da el dinero.)

LEOP. Vaya, voy á escape.

CAR. Aguarda un momento.—Saldremos juntos.—¡Pobre Leopoldo! ¡Qué cara tienes tan mústia y tan... Te compadezco, chico, te compadezco. Espérame. Enseguida salgo. (Vase puerta segunda derecha.)

ESCENA III

LEPOLDO (sin quitarse el sombrero.) Luego FILOMENA y PEPITO.

LEOP. ¡Qué tranquilo está ese hombre! Le envidio con toda mi alma. Esto es la conciencia. ¡Claro! Si la conciencia no sirve más que para darle á uno disgustos. ¡Ay, Filomena!

FIL. (¡Mi marido! No diga usted una palabra.) (A Pepito.) Hola, Leopoldito. ¿Has bajado á buscarme, verdad?

LEOP. Sí, he bajado... á eso... á buscarte (1).

FIL. Hijo mío, perdóname que no te haya dicho adiós al salir, pero ha sido una cosa así, de pronto, ¿verdad? (A Pepito.) Hemos ido á hacer unas compras... Un encargo de María... Como la pobrecilla está algo malucha... ¿No la habrás visto ahora, eh?

LEOP. No, si acabo de subir, digo, de bajar en este momento.

FIL. Pues sí, no debe tener ganas de conversación... Está con una neuralgia... Un dolor en la cara... ¿verdad?

PEP. Sí, sí señora. Es de familia. (Llevándose la mano á la cara.)

LEOP. (No sospechan nada.)

FIL. Por eso te decía que...

LEOP. Pero, remononísima mía, por Dios, tú no necesitas darme esas explicaciones.

FIL. Mira, así como á mí no me gusta que salgas nunca de casa sin decirme á donde vas, tampoco yo quiero dar un paso sin que tú te enteres.

LEOP. Gracias, vales tú más pesetas que... (Haciéndola una caricia.)

FIL. (¡Pero, hombre! Que está ahí Pepito.) (Aparte á Leopoldo.) Anda, hijo mío, puedes darte un paseito hasta la hora de comer... (2).

LEOP. Si es que esperaba á Carlos.

---

(1) Pepito—Filomena—Leopoldo.
(2) Pepito.—Leopoldo—Filomena.

FIL. Deja á Carlos tranquilo... Estará ocupado en su política.

LEOP. Pero...

FIL. Anda, anda... Vete á paseo... Distráete... ¿Siéntes que yo no te acompañe, verdad? Es claro. ¡Pobrecillo! Pero hoy no puede ser, hijo mío, no puede ser. (Haciéndole una caricia.)

LEOP. (¡Mujer, que está ahí Pepito!)

FIL. Ea, hasta luego.

LEOP. Hasta después, vida mía. ¡Adiós, pollo!

FIL. El pobre también está algo malucho. Se le conoce en la cara.

LEOP. Sí que se le conoce. ¡Adiós! (No sabe nada. Soy feliz.) (Vase.)

ESCENA IV

FILOMENA y PEPITO.—Luego CARLOS, con sombrero de copa.

FIL. ¡Y este hombre, que por lo bueno merece que le canonicen, es amigo de ese bribón! Nada, Pepito. No hay más remedio. Lo sentiré mucho por ustedes, pero mañana mismo nos marchamos de Madrid. Iremos á Extremadura. A vivir en el campo. Allí no habrá peligro de que se me pervierta.

CAR. Ea, vamos. (Saliendo.) ¡Ah! ¿Ustedes aquí? (Sin descubrirse.)

FIL. Sí, aquí estamos nosotros. (Con sequedad.)

CAR. ¿Y Leopoldo? ¿Se ha marchado?

FIL. Sí señor, se ha marchado y no volverá á poner los piés en esta casa (1).

CAR. ¡Eh!

FIL. ¡Lo sé todo!

PEP. ¡Lo sabemos todo!

CAR. ¿Sí, eh? (Suframos el chaparrón.)

FIL. (¡Ahora verá usted!) (A Pepito.) Quítese usted ese sombrero.

CAR. Ay, señora, usted perdone. (Se lo quita.)

---

(1) Carlos—Filomena—Pepito.

PEP. (¡Nada!) (A Filomena.)

FIL. ¡A ver! Acérquese usted más. ¡Es claro! Ya se habrá usted lavado. (Mirándole la frente.)

CAR. (¿Eh?) Sí señora... Ya lo creo... (¿Qué significa esto?)

FIL. Tome usted asiento. Siéntese usted también Pepito (1). Usted, como de la familia, debe tomar cartas en este asunto.

PEP. Ya lo creo que las tomaré.

CAR. (No seas majadero.) (Aparte á Pepito.) Bueno. Ya estamos sentados. (Se sientan los tres.)

FIL. Bueno, pues, empiezo. Ya sé á lo que me expongo. A que me diga usted que yo me meto en camisa de once varas.

CAR. Señora, yo estoy muy bien educado, y me guardaría mucho de decir á usted semejante grosería.

FIL. Es que aunque me lo dijera usted me tendría sin cuidado.

CAR. Gracias.

FIL. Lo que hago, lo hago... por lo que lo hago.

PEP. Y está muy bien hecho.

CAR. (¡Cállate!) (A Pepito.)

FIL. Sépalo usted. A una mujer como María se la puede engañar impunemente, pero lo que es á mí... á mí no se me engaña con tanta facilidad.

PEP. Ni á mí tampoco.

CAR. (¡Que te calles!) (A Pepito.)

FIL. En este momento acabamos de llegar de la calle de Belén. ¿Lo ha oído usted? ¡De la calle de Belén!

CAR. Sí señora. (Con indiferencia.)

FIL. ¡Pero, hombre! He conocido personas de poca vergüenza, pero como usted, ninguna.

CAR. ¡Señora!

FIL. Oye usted que le digo eso con retintín, y se queda usted tan fresco.

CAR. ¡Ah! ¿Pero me lo decía usted con retintín?

---

(1) Pepito—Leopoldo—Filomena.

FIL. Sí señor. Hablemos claro. Venimos de ver á Paz. ¡A su amante de usted!

CAR. ¡Es posible!

FIL. ¡Pero, hombre! Siquiera por pudor debiera usted negarlo.

CAR. Bueno, lo negaré si usted quiere.

FIL. ¡No! Hace usted bien en confesarlo. Esa franqueza es hasta laudable. Yo transijo con todo, menos con la hipocresía.

CAR. Pues bien, sí señora; confieso mis culpas... Soy un pillo, un infame, un mal esposo... Tengo una amante. ¿Quiere usted más?

FIL. ¿Más amantes todavía?

CAR. Digo si quiere usted más franqueza.

FIL. No, es bastante

PEP. Hoy mismo se lo escribo á mi papá.

CAR. (¿Quieres callarte?) (A Pepito.)

PEP. No me callo, no señor. Hay cosas... que le hieren á uno. (Llevándose la mano á la mejilla.

FIL. Calma, Pepito. Es preciso no acalorarse. (Se levanta.) ¿Lo ve usted? (A Carlos.) Así soy yo. Cuando estoy convencida de una cosa y me la niegan, me pongo fuera de mí; pero cuando me la confiesan con esa humildad, me desarman, no lo puedo remediar.—¡Vamos, Carlitos, por lo que usted más quiera en el mundo, por María... porque supongo que usted la querrá!...

CAR. ¡Sí señora! ¿no he de quererla? ¡Muchísimo!

PEP. ¡Mentira!

CAR. ¡Cállate!

FIL. ¡Cállese usted, hombre, cállese usted! (A Pepito.) Bueno, (A Carlos.) pues prométame usted solemnemente no volver á pensar en Paz en su vida.

CAR. Lo prometo. (Con gravedad cómica.)

FIL. Gracias. (Dándole la mano.) Estos asuntos conviene arreglarlos cuanto antes. (A Pepito.) Llame usted á su hermana.

CAR. No, deja, yo la llamaré... Aquí viene... (Yendo segunda izquierda.)

FIL. (A Pepito.) ¡Ya verá usted, hombre, ya verá usted!

ESCENA V

DICHOS y MARIA

CAR. (A María.) (Sigue la farsa.)

FIL. ¡María, hija mía, ven acá! (1). Disipa todos tus temores. La amargura de un día, puede ser nuncio de felicidad para el porvenir. (Se vuelve á mirar á Pepito buscando su asentimiento; al mismo tiempo que María y Carlos se cruzan miradas de inteligencia.) La confesión de una falta denota claramente nobleza de corazón. (Repítese el juego anterior.) Y el arrepentimiento, cuando es sincero, lava todas las culpas y purifica la conciencia (Juego anterior.)

PEP. (¡Amén!)

FIL. Carlos, pídale usted perdón de rodillas.

MARÍA Pero...

FIL. Déjale que se humille.

MARÍA ¡Ah, sí, es verdad!

CAR. (Arrodillándose delante de María.) ¿Me perdonas, Marujita?

MARÍA ¡Sí, hijo, sí! ¿No he de perdonarte? ¡Con toda mi alma!

FIL. ¡Ea, abrazarse, abrazarse... y asunto concluído!

CAR. Con permiso de usted. (Abraza á María.)

FIL. Así me gusta. ¿Lo ves? Tú ya estarás tranquila, pero yo también lo estoy, te lo aseguro...

MARÍA Gracias.

FIL. No me lo agradezcas. Creo que esto mismo lo hubieras hecho tú por mí.

MARÍA Sí... es decir, no; yo no me hubiera atrevido.

FIL. Es posible. Eso va en temperamentos. ¡Vaya, adiós, hija mía!—Carlitos, ¡mucho ojo! Ya sabe usted lo que me ha prometido.

CAR. Descuide usted, señora.

---

(1) Pepito—Filomena—María—Carlos.

FIL. ¡No tienes idea de lo contenta que me marcho! ¡Adiós!

MARÍA ¡Vete con Dios!

CAR. Vaya usted tranquila. (La acompañan hasta el foro.)

FIL. ¡Ay! ¡Abur, Pepito! (Desde el foro.)

PEP. Usted lo pase bien, Doña Filomena.

ESCENA VI

DICHOS menos FILOMENA

MARÍA ¡Pobre Filomena! (Aparte á Carlos.)

CAR. ¡Qué convencida marcha la infeliz! (Riéndose.)

MARÍA A mí me da lástima de veras.

CAR. Pues, hija, ¿qué le vamos á hacer?.. No es cosa de que nosotros le contemos la verdad.

MARÍA Dices bien, sería una imprudencia.

CAR. ¡Figúrate!

MARÍA Voy á decir á la muchacha que vaya á comprar algunas cosillas...

CAR. Sí, sí, dispón una buena comida... Que no vayan á quejarse mis electores...

MARÍA ¡Descuide usted, señor Diputado! (Con zalamería.)

CAR. Quedo tranquilo, señora candidata. (Vase María por el foro.) (¡Pobrecita! ¡Si yo le faltase á esta mujer, sería el más infame de los hombres! (Vase segunda derecha.)

ESCENA VII

PEPITO, luego ROSA

PEP. ¡Ya están como dos tortolitos! ¡Lo mismo que si no hubiera pasado nada! ¡Si mi hermana es tonta de capirote! Por supuesto, que yo no me fío. Carlitos se la vuelve á pegar el mejor día. (Se sienta en una butaca de la izquierda.) La tal Pazita debe ser una alhaja!.. ¡Y lo que es bonita, sí que lo

es! Yo no la he visto más que un momento, pero ¡caramba, me gusta! ¡Vaya si me gusta!

ROSA (¿Pero señor, y mi padre que no parece?) (Se dirige al foro.)

PEP. (¡Tiene unos ojos... y un aire... y un...)

ROSA (Dándole en el hombro.) ¿Sabe usted si ha?...

PEP. ¿Eh? (Aterrado al ver á Rosa.) ¿Usted aquí? ¿En esta casa? ¡Por la Vírgen Santísima! ¡Es una imprudencia!

ROSA ¿Cómo?

PEP. Salga usted enseguida... Pueden venir... Yo la acompañaré á usted...

ROSA ¿Qué?

PEP. Pídame usted lo que quiera... Yo no tengo nada, pero... (Se oye dentro la voz de María.)

MARÍA ¡Sí, mujer, sí! Dos libras. (Dentro.)

PEP. ¡Mi hermana! ¡Ocúltese usted!

ROSA ¡Caballero!

PEP. ¡Por aquí... en mi habitación!

ROSA ¡Déjeme usted en paz! (Dándole un empellón. Cae Pepito sobre el sofá.) (Bien lo decía yo! ¡Este chico es tonto de remate.) (Vase segunda izquierda.)

PEP. ¡Santo Dios! ¡Y se mete en el cuarto de María! ¡Eh, señora, señora!... (Siguiéndola.)

ESCENA VIII

PEPITO y MARIA.—Luego CARLOS

MARIA ¡Jesus! ¡Criados más torpes! Voy á ver si... (Dirígese segunda izquierda.)

PEP. ¡No! ¡No, por Dios! ¡No entres aquí! (Deteniéndola.)

MARIA ¡Eh!

PEP. Ha sido una imprudencia, pero... ya sabes lo que son esas mujeres... Se ha atrevido á venir... Está ahí...

MARIA ¿Quién?

PEP. ¡Paz!

MARIA ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡Já, ja, ja! (Riéndose con toda el alma.)

PEP. ¡Cómo! ¿Te ries?

MARIA Sí, hijo, sí. ¿No he de reirme? ¡Já, já, já!

CAR. ¡Qué es eso! ¿Por qué te ries con esas ganas?

MARÍA Porque Pepito me dice muy serio que... que Paz... está ahí! ¡Já, já, já!

CAR. ¿Sí? ¡Já, já, já! Pero, pobrecillo, ¡tiene razón! Si no le hemos dicho una palabra.

MARÍA ¡Pues es verdad, que no le hemos enterado!

PEP. Pero ¿os estáis burlando de mí?

CAR. No, tonto, no. Si es que la que Filomena y tú habéis tomado por Paz, es la hija del Sr. Bermejo, de mi agente electoral, de Polvorilla...

PEP. ¿Eh?

MARÍA ¡Sí, señor! Y es preciso que lo sepas todo. —La otra Paz...

PEP. ¿Cuál?

MARIA La de las cartitas, no es la amante de este, sino de Leopoldo.

PEP. ¿De Leopoldo?

MARÍA ¡Sí! Pero, por Dios, ¡que Filomena no se entere!

PEP. ¡Ay, qué lío! ¡Y yo que he querido echar á la calle á esa señorita!

MARÍA ¿Sí? ¡Pobre muchacha! Voy á disculparte. (Vase segunda izquierda.)

PEP. ¿Con que es decir, que me he metido donno me llamaban?

CAR. No importa. Yo te agradezco la intención.

PEP. Sí, pero esto de que le dén á uno una bofetada sin por qué, ni para qué...

CAR. Para que otra vez no vuelvas á juzgar de ligero.

PEP. A donde yo voy á volver es á Burgos. Eso de que tú me tengas toda la mañana de escribiente, y la vecina me traiga toda la tarde de zarandillo... Lo dicho. Yo no he venido á Madrid para eso. Ahora mismo se lo voy á escribir á mi papá. (Vase por la primera derecha.)

CAR. ¡Pobre Pepito! Y en el fondo tiene razón.

ESCENA IX

CARLOS, JUAN

JUAN Señorito.
CAR. ¿Qué hay?
JUAN Un señor que estuvo antes, pregunta si...
CAR. Será Polvorilla... Que pase, que pase.
JUAN Está, sí señor.—Puede Vd. pasar. (Vase Juan.)

ESCENA X

CARLOS y D. CIPRIANO con los bultos del final del acto segundo.

CAR. ¡D. Cipriano! (Desde el foro.) ¡Gracias á Dios! ¡Venga usted acá!
D. CIP. ¡Ay, don Carlos de mi alma! (Presentándose muy compungido.)
CAR. Pero, hombre, ¡qué cargado viene usted!
D. CIP. Muy cargado, sí, señor. ¡No lo sabe usted bien! Pero á mí el que me la hace me la paga. He dado ya todos los pasos para detenerlos inmediatamente. ¡Lo que han hecho conmigo es una infamia!
CAR. ¿Qué infamia es esa?
D. CIP. ¡Lo que yo no podía esperar! Pero se han de acordar de mí, yo se lo aseguro. He estado en el Ministerio de la Gobernación, y en el Gobierno de Provincia, y en el Juzgado de guardia, y en la Estación del Norte, y allí un inspector puso este parte á todas las estaciones de la línea: «Detengan —pareja—hija—familia—fugada—teniente—reserva—Villatorda.»
CAR. Pero, ¿qué pareja, qué familia y qué fuga son esas?
D. CIP. ¡Ay, don Carlos, usted no es padre y no puede comprender lo que son estas cosas! ¡Me han robado á mi hija! (Llorando.)
CAR. ¿A su hija? ¿A cuál?
D. CIP. ¡A Rosa!
CAR. ¡Pero, hombre de Dios, si Rosa está aquí!

D. CIP. ¡Eh!

CAR. Sí, señor. Ha venido con nosotros. Ahí dentro la tiene usted esperándole.

D. CIP. Pero, ¿es de veras?... ¿No se ha marchado con el teniente?

CAR. ¿Qué teniente, ni qué ocho cuartos?

D. CIP. ¡Ay don Carlos de mi!... (Al abrazarle, deja caer al suelo los paquetes y se rompen los floreros.) ¡Adiós! ¡Los floreros de la boticaria! (Recoge los paquetes.) ¡No sabe usted cuánto me alegro!

CAR. ¿Se alegra usted de que se hayan roto? ¡Menos mal!

D. CIP. No, señor. ¡Me alegro de que haya parecido la muchacha!

CAR. Ande usted, vamos á verla.

D. CIP. Aguarde usted un momento, porque con este disgusto no sé si se me habrá perdido algún encargo. Uno... dos... tres...

CAR. ¡Hola! ¿Se ha comprado usted sombrero de copa?

D. CIP. ¡Quiá! ¡No, señor! Es un encargo del síndico... ¡Vea usted, vea usted! ¡Es un sombrero de primera! (Lo saca de la sombrerera y se lo pone. Le entra hasta el cuello.) ¡Caracoles! ¡Este es otro! ¡Me lo han cambiado! ¡La culpa la tengo yo por admitir encargos de nadie! (Apabullando el sombrero al guardarlo en la sombrerera.)

ESCENA XI

DICHOS y MARÍA

MARÍA ¡Vamos, ya ha parecido!

CAR. Aquí tienes al amigo don Cipriano.

MARÍA Celebro mucho conocerle.

CAR. Mi mujer.

D. CIP. Para servir á usted, señora.

MARÍA Tiene usted á su hija impaciente por su tardanza.

CAR. Ande usted, hombre, ande usted, y déjese de líos...

MARÍA Sí, deje usted, ya se los llevará el muchacho.

CAR. Venga usted y tomará cualquiera cosa.

D. CIP. Sí que tomaré. Estoy todavía con el chocolate de esta mañana.

MARÍA ¿Es de veras?

D. CIP. He estado muy disgustado, señora, muy disgustado. He tenido más de dos horas al teniente sentado aquí, en la boca del estómago.

MARÍA ¡Qué barbaridad!

D. CIP. Hasta luego, señora. ¡Rosa! ¡Rosita! (Vánse Don Cipriaao y Carlos, puerta segunda izquierda.)

ESCENA XII

MARIA.—Luego DON NEMESIO, que ha cambiado de traje

MARÍA (Mirando los líos.) ¡Pobre señor! ¡Apenas le han hecho encargos al infeliz!

D. NEM. Maruja, buenas tardes.

MARÍA Doctor, ¿usted por aquí otra vez?

D. NEM. Sí... tengo que hablar á Carlos...

MARÍA ¿Qué tal? ¿Qué tal la señora? (En tono zumbón.)

D. NEM. ¿Cual? ¿La enferma del veintisiete? Lo mismo. Sigue lo mismo la pobrecita.

MARÍA No, si no le hablo de esa. Le pregunto á usted por la otra... Por la de los merengues. (Riéndose.)

D. NEM. ¡Eh! ¿Qué? ¿Se me conoce todavía? (Mirándose los faldones de la levita.)

MARÍA ¡Buen tunante está usted! ¡Já, já!

D. NEM. Pero...

MARÍA Vaya. Con su permiso... Tenemos huéspedes... Voy á sacar unos juegos de cama. (Vase riendo puerta segunda derecha.) ¡Já, já, já!

ESCENA XIII

DON NEMESIO, solo

D. NEM. ¡Pero, señor! Si no puede conocérseme. Si me he mudado de piés á cabeza. Pero lo que me sorprende es que esta chica sepa que yo... Nada. Que no me lo explico.

ESCENA XIV

DON NEMESIO y FILOMENA

FIL. Hola, don Nemesio... ¿Usted por aquí? Me alegro de encontrarle.

D. NEM. Usted dirá. ¿Los nérvios, eh?

FIL. ¡Quiá! No señor. ¡Qué nérvios! Si hoy estoy como nunca, como si no hubiera tenido nérvios en la vida. Tómeme usted el pulso. Verá usted.

D. NEM. No, no hace falta. Ya se la conoce á usted en la cara. Habrá usted tomado mucha tila, ¿verdad?

FIL. Qué tila ni qué bobada. Me siento bien porque he resuelto satisfactoriamente y á mi gusto una cuestión muy grave.

D. NEM. ¿Si?

FIL. Sí señor. ¿Usted ya sabría lo de..? ¡Sí! De seguro que lo sabría usted, pero me va á decir que no.

D. NEM. (¡Caracoles!)

FIL. ¡Vamos! Séame usted franco. Usted estaba enterado de lo de Paz.

D. NEM. ¡Señora! Yo... (Protestando)

FIL. ¡Confiéselo usted! Si ya se ha descubierto.

D. NEM. ¿Que ya sé?..

FIL. ¡Sí señor! Lo he descubierto yo.

D. NEM. ¡Usted!..

FIL. Me enteré por la cartita en que le pedía las cuatro mil pesetas la muy...

D. NEM. ¡Calma, señora, calma!

FIL. Si estoy muy tranquila.—Si ya se ha arreglado todo.

D. NEM. ¡Eh!

FIL. Y por las buenas, como se deben arreglar estas cosas.

D. NEM. ¡Señora! ¡Me deja Vd. asombrado!

FIL. ¡Pues créalo Vd! Por supuesto, que si después de las pruebas que yo tenía se empeña él en negármelo, no sé lo que hubiese sucedido; pero, hijo mío, el hombre se puso como una malva, y me lo confesó de pe á

pá; ¡y ya nos tiene Vd. á todos tan contentos!

D. NEM. Señora, permítame Vd. que le dé mi enhorabuena. (Dándole la mano.) ¡Es Vd. lo que se llama una mujer de talento!

FIL. Gracias... Yo no sé si habré hecho mal, pero...

D. NEM. ¡Quiá! ¡No señora!

FIL. Lo que le aseguro á Vd. es que tengo la evidencia de que he cumplido con mi deber.

D. NEM. ¡Naturalmente! Y sobre todo, señora, ¡qué demonio! cuando un marido no comete más que una falta, se le debe perdonar.

FIL. Sin embargo, la falta era algo grave.

D. NEM. Sí, que lo era; pero ¡nada! ¡nada! Viva usted ahora tranquila, y en la seguridad de que Leopoldo no vuelve á tener más líos en su vida.

FIL. ¿Eh? (Con gran sorpresa.)

D. NEM. ¡Es natural! El pobre muchacho... Esas mujeres son muy lagartas... Yo ya lo sabía... Me lo contó el mismo Leopoldo.

FIL. (Furiosa.) ¡Leopoldo! ¿Ha dicho Vd. Leopoldo?

D. NEM. (¡Ay!)

FIL. ¿Pero es Leopoldo el que?...

D NEM. ¡Sí, señora, es decir, no, no señora!

FIL. ¿Conque no era Carlos?...

D. NEM. ¡No, señora, es decir, sí, sí señora! (Ya no se lo que me digo.)

FIL. ¡Lo mato, créamelo V., lo mato!

D. NEM. Pero, señora, atienda Vd... Yo...

FIL. ¡Déjeme Vd., D. Nemesio, déjeme Vd.!

ESCENA XV

DICHOS y PEPITO.— Luego MARÍA

FIL. ¡Pepito! ¡Venga Vd. acá!

PEP. Señora, no me meta Vd. en más laberintos.

FIL. ¡Qué! ¿También Vd. sabia que era Leopoldo?

PEP. Sí, señora.

FIL. ¡Dios mio! ¡Lo sabían todos! ¡Todos menos yo! (Llorando amargamente.)

MARÍA ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

FIL. ¡Me habéis engañado miserablemente, pero al fin ya he descubierto la verdad!

MARÍA ¿Tú? ¿Pero quién?... (1)

D. NEM. Yo, señora; he metido la patita. (A María.)

MARÍA ¿Usted? Pero, no le hagas caso; si D. Nemesio no está bueno de la cabeza...

D. NEM. No me haga Vd. caso, no señora. Yo no estoy bueno de la cabeza.

FIL. ¡Lo mato, les digo á Vds. que lo mato!

MARÍA Pero, Filomena, por Dios.

ESCENA XVI

DICHOS, CARLOS, ROSA, DON CIPRIANO

CAR. ¡Nada, que se quedan ustedes!

ROSA ¡Corriente! Nos quedaremos...

FIL. ¡Cómo! ¿Esa mujer aquí? ¿En tu casa? (A María.)

D. NEM. (¡Gran Dios, Paz!)

MARÍA ¡Calla, por Dios! Si no es... (A Filomena.)

ROSA (¡Ay, la señora de los nervios!... ¡Calle! ¡Y el caballero de los merengues! (A Don Nemesio.)

CAR. Presento á ustedes á mi amigo Don Cipriano Bermejo, mi agente electoral, y á su hija... que han llegado hace unas horas de su pueblo (2).

D. CIP. De Villatorda, para servir á ustedes...

FIL. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!... (Llorando.) ¡Pero no! ¿Por qué he de tener vergüenza? ¡Rabia! ¡Eso es lo que debo tener!... (3).

---

(1) Pepito.—Filomena.—María.—D. Nemesio.
(2) Pepito—Filomena—María—Don Nemesio—Carlos—Rosa—Don Cipriano.
(3) Pepito—Carlos—Filomena—María—Don Nemesio—Rosa—Don Cipriano.

MARÍA ¡Filomena!
CAR. ¡Señora!...
FIL. ¡Déjenme ustedes! ¡Lo mato, vaya si lo mato!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y LEOPOLDO, con el sombrero puesto y muy contento

LEOP ¡Ya está todo arreglado!
FIL. ¡Eh!
D. NEM. (¡Cataplúm!)
FIL. ¡Venga usted acá, pillo, venga usted acá! (Llevándolo del brazo al proscenio.) (1).
LEOP. (¿Eh?)
FIL. ¿Con que tiene usted una querida? (Dándole un pellizco en el brazo.)
LEOP. ¡Yo!... Si...
CAR. (Confiésalo, chico!) (Aparte á Leopoldo.)
LEOP. (Se quita el sombrero.) ¡Filomenita!...
FIL. ¡Niéguelo usted ahora! (Señalando la frente, que estará tiznada.)
TODOS. ¿Eh?
LEOP. ¡Yo!...
FIL. ¡Si tiene usted ahí la mancha que le acusa!
CAR. (¡La frente, hombre, la frente!)
LEOP. (Se lleva la mano á la frente.) ¡Pero esto es del sombrero!
FIL. ¡Como que lo he tiznado yo para descubrir al culpable!... (Dándole otro pellizco.)
LEOP. (¡Ay!) ¡Pero si este sombrero no es mío!
D. NEM. ¡A ver!... ¡Déme usted! (Coge el sombrero.) ¡Tampoco es este!
D. CIP. ¡El sombrero del síndico! (Lo coge y va á la sombrerera y saca el otro apabullado.)
FIL. ¡Infame! ¡Engañarme de ese modo!
LEOP. Perdóname, Filomenita. (Arrodillándose) No lo volveré á hacer más.
MARÍA Sí, perdónale. La amargura de un día puede ser nuncio de felicidad para el porvenir.

---

(1) Pepito—Carlos—Leopoldo—Filomena—María—Don Nemesio—Rosa—Don Cipriano.

CAR. Y la confesión de una falta denota claramente nobleza de corazón.

PEP. Y el arrepentimiento, cuando es sincero, lava todas las culpas y purifica la conciencia.

FIL. Déjenme ustedes de retóricas.

D. CIP. (Dándole el sombrero apabullado.) ¿Este sería el de usted? (A Don Nemesio.)

D. NEM. Lo era, sí señor, lo era.

FIL. Agradece que no estamos en casa. (Dándole otro pellizco.) Pero yo soy una mujer que sabe guardar las consideraciones que se merecen los demás... Señorita. (A Rosa.) (1) Usted dispense; pero yo la había tomado por una...

MARÍA ¡Por una amiga!

FIL. ¡Justo, por una amiga... de éste! (Se vuelve creyendo encontrar á su lado á Leopoldo y le dá un pellizco á don Nemesio.)

D. NEM. ¡Caracoles!

FIL. Usted perdone. (2) Vámonos de aquí inmediatamente. (A Leopoldo.)

D. CIP. ¡Vamos, señores, haya paz!

TODOS ¡No, que no la haya!

FIL. ¿Con que eran esas las juntas de Agricultura, eh? Yo te daré ahora Agricultura. Mañana mismo á Badajoz. ¡A una dehesa! ¡Allí amansará!

D. CIP. ¡Señora, en la dehesa se pondrá más bravo!

MARÍA No disculpo la falta (A Filomena.)
de tu marido;
más, pues le ves humilde
y arrepentido,
véncele cariñosa,
no con despego...
¡Vamos, dále un abrazo,
yo te lo ruego!
(Filomena abraza, aunque de mala gana, á Leopoldo.

---

(1) Pepito—Carlos—Leopoldo—D. Nemesio—Filomena—María—Rosa—D. Cipriano.
(2) Pepito—Carlos—Leopoldo—Filomena—María—D. Nemesio—Rosa—D. Cipriano.

Y ustedes, los casados, (Al público.)
sean formales.
No se metan en estos
berengenales.
No se olviden, ingratos,
de sus deberes,
víctimas del capricho
de otras mujeres...
No hay *Pazita* que valga
lo que nosotras;
¿y si una *Paz* da *guerra*
qué harán las otras?

FIN DE LA COMEDIA